

SOBRE LA PERSONALIDAD

CONFERENCIAS DADAS

EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA EN LOS DÍAS 3 Y 4 DE JUNIO DE 1937

POR EL

Prof. GONZALO R. LAFORA

DIRECTOR DE LA CLÍNICA PSIQUIÁTRICA DEL HOSPITAL PROVINCIAL DE MADRID
Y DEL LABORATORIO DE FISIOPATOLOGÍA NERVIOSA DEL INSTITUTO CAJAL
MÉDICO - JEFE DEL HOSPITAL MILITAR DE GODELLA (VALENCIA)

I. BIOLOGÍA DE LA PERSONA

EN el lenguaje corriente se califica de *personalidad* al hombre que se destaca extraordinariamente de los demás, como una individualidad preeminente. Esta apreciación valorativa del individuo hecha desde fuera, se realiza casi siempre sobre la base de su utilidad social, juzgándose como *bueno* el que es útil a la comunidad, y como *malo* al que la perjudica. Así, Napoleón y Alejandro el Grande se consideran como dos grandes personalidades porque sus pueblos creyeron deberles su engrandecimiento si bien dejaron tras sí una gran estela de dolor. Shakespeare y Goethe figuran igualmente como dos grandes «personalidades» de la literatura mundial, porque sus creaciones han hecho vibrar de emoción a miles de personas. Y lo mismo podemos decir de Bach y Beethoven en la música, o de Rembrandt y Velázquez en la pintura. En cambio, nadie dice de un célebre criminal sádico, como Landrú en Francia, o el «Vampiro» de Düsseldorf, que son «personalidades» en el sentido corriente. Y, sin embargo, el criminal, como el anacoreta, como el héroe, tiene una *personalidad* propia y

El concepto de la personalidad.

peculiar. No es lo mismo ser una «personalidad», que tener una personalidad. Esta última la tiene hasta el más humilde.

A ese concepto general de *personalidad*, propia de cada uno, como «unidad mental», como integración de la individualidad, o como totalización de las cualidades corporales y espirituales del individuo, es decir, como expresión conjunta del carácter, del temperamento y de los impulsos es a lo que vamos a referirnos en este estudio sobre la «personalidad».

Todo individuo tiene, según esto, una personalidad, es decir, una unidad compleja y conjunta de los factores parciales que constituyen su yo peculiar. La personalidad es, pues, algo peculiar e integral que se va creando lentamente a lo largo de la vida, en parte, surgiendo de las propias condiciones individuales heredadas y, en parte, de las influencias exteriores o ambientales, por imitación, sugestión o imposición. Es, en realidad, una diferenciación final que el individuo alcanza imponiéndola a sí mismo sobre lo que heredó de las generaciones anteriores y sobre las formas inferiores de la evolución mental.

Es muy curioso el devenir histórico del término «personalidad». Los griegos llamaban «*prosopon*» a la máscara que los cómicos se ponían en el teatro, al igual que lo vemos aún en el teatro chino y anamita. Los latinos, por corrupción de este vocablo, lo cambiaron por el de «*persona*», que más tarde lo aplicaron al actor y no a la máscara, llamando a los personajes de la farsa los *dramatis personae*.

En realidad toda personalidad tiene un aspecto externo, que es el papel que el individuo representa en el drama de la vida. Esta es la *máscara social* con la que se presenta ante los demás, intentando imitar a su yo ideal, lo que los psicoanalistas llaman el super-yo. Todos tenemos pues, una máscara social, pero hay personas que no se contentan con esto y en cada círculo distinto que frecuentan se presentan con una máscara o personalidad diferente. El grado de sinceridad ante la vida es pues distinto para cada personalidad. Hay personas sinceras o genuinas, por lo general contentas con su suerte, que realmente creen lo que dicen y hacen;

pero hay otras que viven en perpetua farsa teatral, dedicadas a satisfacer por todos los medios sus ambiciones desmesuradas: ante el débil, son brutales o crueles y ante el fuerte flexibles y sinuosas. Por otra parte, toda personalidad destacada tiene siempre imitadores que se enmascaran para copiarle por lo menos su apariencia externa. Esta imitación o identificación no es siempre deliberada, sino que puede ser inconsciente como producto de la sugestión admirativa.

La antigua significación de máscara social de la palabra *persona*, ha ido modificándose posteriormente en el curso de la historia. En la Edad Media, los filósofos escolásticos le dieron el significado de «*alma*» o de «*yo*». Por fin los filósofos románticos alemanes idealizaron la *personalidad*, considerando su perfeccionamiento y su cultivo como el mayor bien en la vida. Así llegamos al concepto actual de la personalidad como *unidad psicofísica del individuo*, como integración de fuerzas y tendencias diversas e incluso contrapuestas de la persona.

Hasta el individuo más patológico se enfrenta en el mundo *como una unidad* y reacciona en forma definida y propia frente a su ambiente físico y social. Dentro de esta unidad del individuo hay tendencias o rasgos más prominentes que los demás, que aparecen como subordinados a aquéllos. En un hombre se destacarán más las tendencias estéticas, en otro la ambición económica, en otro el afán de mandar, diferenciando a la personalidad dentro del complejo de rasgos caracterológicos.

En la moderna concepción psicológica de la personalidad ideada por Jung (1) proporcionan la organización unitaria de la personalidad lo que él llama los *arquetipos* reunidos en su yo o ego. Los arquetipos son ciertos modos preformados de conducta que hereda el individuo de la especie. Son como los complejos de la humanidad, resultantes de

(1) Véase R. Sarró. «Etapas de la nueva psicología» (Rev. Psiquiatría, Neurología y dominios afines. Barcelona 1936, N.º 1). Jung. «El Yo y el inconsciente». Barcelona 1936, Miracle.

repetidos traumas ancestrales y, por tanto, distintos de los «complejos individuales» que han tenido un momento de realización en la historia del individuo. No son instintos que le orientan en lo biológico, sino tendencias que le orientan en lo cultural dentro del mundo social. Por eso el hombre civilizado no precisa realizar el enorme esfuerzo de adaptación al mundo que hubo de hacer el hombre prehistórico, gracias a la ayuda de los arquetipos heredados.

La esencia del yo para Jung es la «persona» concebida como «máscara», es decir, su vertiente hacia el mundo social, la «cara para el mundo», que tan influida está por la profesión y los hábitos sociales de clase; el hecho de ser sacerdote, médico, comerciante o militar, imprime a la persona rasgos peculiares de su profesionalismo y lo mismo sucede con otros factores sociales. Este yo de Jung no constituye el centro de la personalidad total, puesto que es sólo el centro de lo consciente. Al centro equidistante y común de lo consciente y de lo inconsciente le llama el *si mismo*. Este se va construyendo por un proceso de organización o unificación de los sistemas psíquicos parciales, de los complejos (sean o no arquetipos) y de las personificaciones hasta que se estructura el *si mismo*. Dicho proceso, que tiene dos vertientes, la del yo y la de los arquetipos, es denominado *individuación* u organización unitaria de la personalidad. El proceso de la individuación se pone en marcha en la plenitud de la edad adulta, es decir, después de haber conseguido la adaptación a la realidad exterior y superado las grandes tareas de la vida, que son la profesión, el matrimonio y la sociedad. Entonces se crea un nuevo anhelo en el hombre por descubrirse a *si mismo* y crearse su auténtica personalidad, independiente de los modelos. Para ello acentúa su actitud introversiva, desplazando hacia adentro el centro de su personalidad. En este proceso de adentramiento en si interviene la sexualidad que imprime al alma totalitaria una deformación, obligando a la hipertrofia de unas cualidades y a la atrofia de otras y dejando sin empleo una parte mayor o menor, a veces la mejor, de nuestro sér.

SOBRE LA PERSONALIDAD

En la personalidad global y unitaria existen, sin embargo, energías dispersas y desconectadas y tendencias contrarias y bipolares. Estos aspectos contrarios de las energías parciales hacen oscilar al alma de un polo al otro, en perpetuo movimiento energético; es lo que Heraclito denominó la «enantiódomia». De esta suerte, una actitud unilateral suscita la contraria, produciendo a veces la «conversión» de los hombres, como la de San Pablo y la de Raimundo Lulio, o el paso de la adoración al odio en el amor y en la actitud admirativa hacia un ser superior, como le sucedió a Nietzsche con Wagner. La vida psíquica, es pues, para Jung, un movimiento entre contrarios, pero en la psiquis existe también la tendencia hacia la «armonía de los contrarios», y esta armonía es el impulso hacia la formación del *sí mismo* o individuación. El *sí mismo* es según esto, la conciencia de un centro de la vida psíquica total, reflejo tanto de lo racional como de lo irracional. En él aparecen reunidas y concentradas armónicamente todas las energías dispersas y desconectadas en un perfecto ajuste e integración. Es la *personalidad* que ha llegado a poseerse totalmente y ha hallado su verdadero centro generador de la vida.

Ahora bien, esta *unidad integrativa de la personalidad* puede descomponerse en diversas *unidades parciales* subconscientes independizadas, como seres parciales o personificaciones, es decir, como verdaderas *personalidades parciales* distintas, las cuáles pueden disociarse en ciertos estados patológicos, como en los casos de doble, triple y cuadruple personalidad histérica descritos por los clínicos (Azam, Janet, Sidis, Prince y otros). Dichas «unidades vivientes de la psiquis inconsciente» nos muestran la pluralidad del inconsciente dentro de la gran unidad integral de la personalidad, regida por ese *sí mismo* de Jung, que está sobre el yo o máscara social de la persona, como el sol respecto de la tierra, como el Dios respecto de la criatura, puesto que para Jung el *sí mismo* es, el Dios en nosotros.

La *personalidad consciente* en la concepción de Jung, es como la punta de una pirámide que se apoya sobre el in-

consciente personal, el cual a su vez yace sobre el inconsciente racial o colectivo, y éste sobre el inconsciente general, que constituye la base de la pirámide.

En el estudio que vamos a emprender sobre la personalidad tenemos que abordar diversos *problemas*, pero los más fundamentales serán: *a)*, los fundamentos y desarrollo de la personalidad; *b)*, las formas de expresión de la personalidad; *c)*, los conflictos sociales de la personalidad y *d)*, los tipos de la personalidad que pueden aceptarse actualmente.

Todos estos son problemas de una actualidad fascinante: porque conducen a aclarar el misterio de la conducta humana; porque nos permiten predecir muchas veces con cierta probabilidad el fin desastroso o triunfante de las personas; porque nos interesan para comprendernos a nosotros mismos, en la medida de lo posible, y a rasgar el velo de nuestro futuro y del de nuestros hijos; porque nos pueden servir de guías en la orientación educativa que demos a éstos, para facilitar su adaptación a la vida; y por tantos otros motivos de preocupación personal y social que sería prolijo enumerar aquí.

Así, pues, el conocimiento de las personas o de los hombres, y de su personalidad equilibrada o desequilibrada puede contribuir mucho al ideal de felicidad en la vida, ya que permite dirigir a ésta por el camino más adecuado.

La personalidad y el carácter bajo el punto de vista biológico.

Desde el punto de vista biológico entendemos por personalidad o carácter el conjunto de tendencias para la acción y la reacción que regulan la actitud personal del individuo frente al ambiente, sobre todo, en lo sentimental y lo voluntario. Este conjunto de *cualidades caracterológicas* son concebidas biológicamente como procesos dinámicos y funciones en actividad. Cada cualidad caracterológica o *rasgo* es un complejo de componentes parciales que precisan ser analizados hasta su raíz última, según luego intentaremos.

El carácter o personalidad es pues, la manera de reaccionar ante la experiencia externa y, por tanto, la manera de

SOBRE LA PERSONALIDAD

relacionarse con el mundo exterior, en una palabra, la razón de la *conducta*. Podemos descomponerlo biológicamente en dos partes: a), una *infraestructura* elemental originada *endógenamente* o desde dentro, compuesta de *elementos primarios* o corporales, anclados en los órganos y funciones orgánicas y, por tanto, en la constitución; y b), una *superestructura* psicodinámica, determinada *exógenamente* o adquirida, que está compuesta de *elementos secundarios* o psíquicos, los cuáles se van desarrollando lentamente durante la vida, como resultado de las relaciones exteriores, mediante mecanismos psíquicos diversos que representan la forma de reaccionar de los elementos fundamentales o primarios.

Entre ambas partes fundamentales hay relaciones internas recíprocas, pues los componentes heredados influyen de manera decisiva en la elección, clase y dirección de los adquiridos. Por esto en cada cualidad caracterológica hay que determinar cuánto hay de heredado y cuánto de adquirido.

En la *configuración* del carácter o de la personalidad intervienen: 1.º, procesos elementales de naturaleza *fisiológica*, como la automatización, el hábito y la facilitación, que resulta del uso y el entrenamiento; y 2.º, procesos dinámicos reactivos de naturaleza *psíquica*, como las represiones y sublimaciones, las tendencias de dominio, la necesidad de valorarse y otros mecanismos compensadores estudiados a fondo por las escuelas psicoanalíticas de Freud e individual psicológica de Adler.

Toda esta compleja arquitectónica de la personalidad o del carácter con sus diversos elementos subordinados unos a otros, se resume en una *unidad* o *totalidad*, en la que se suman y agregan sinérgicamente las peculiaridades similares y a su vez se contraponen las tendencias antagonistas, impulsoras e inhibitoras. Se originan así complejas formaciones caracterológicas unitarias, como resultado de compromisos o ligazones antitéticas entre esos componentes disimilares, ya heredados de cada rama familiar o ya adquiridos en la evolución individual.

Llegamos así a la *concepción estructural* de la personalidad

como un todo compuesto de diversos estratos o capas psíquicas, de las que las elementales o inferiores corresponden a la vida de los instintos, de los impulsos y de los afectos, y las superiores a las directivas elevadas, racionales, ideales y sentimentales. Estas últimas regulan y, en parte, dominan a las inferiores, constituyendo así la *unidad de la personalidad*.

Ortega y Gasset en su ensayo filosófico «Vitalidad, alma y espíritu» admite también tres estratos del alma. Al estrato carnal o corporal, que es cimiento y raíz de la persona, porción subconsciente de la psique que vive hincada y fundida en el cuerpo, le llama *vitalidad*, como fusión de lo somático con lo psíquico, que da energía y tensión a nuestra vida. El *espíritu* o «yo», que no es el alma, pero está sumido y envuelto por ella, decide como voluntad y pensamiento. El *alma* es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, impulsos y apetitos, que envuelve al espíritu e influye sobre él por medio de las inclinaciones y tendencias. Nuestros deseos e inclinaciones no son nuestro «yo» o espíritu; éste actúa como juez que sentencia y como capitán que ordena la ejecución, o que dispone que el alma cierre sus poros a las influencias desagradables exteriores hasta el momento oportuno que puede dedicarles atención, como cuando recibimos una mala noticia familiar estando en una recepción oficial y contenemos nuestras emociones hasta el momento de estar libres en nuestro hogar. Cada personalidad, dice Ortega, tiene una proporción distinta de estos tres elementos y así configura a la persona espiritual. Hay gentes con mucha alma y poco espíritu, muy sensibles o caprichosas, pero sin voluntad ni claridad intelectual para la acción continuada y eficaz, y otras con abundante vitalidad y gran escasez de alma y espíritu, como muchos deportistas. En la mujer van de más a menos: el alma, la vitalidad y el espíritu, en tanto que en el hombre predomina el espíritu (decisión, acción) y el cuerpo o vitalidad sobre el alma (emociones), pero esto varía de unos individuos a otros.

SOBRE LA PERSONALIDAD

En todas las caracterologías médico-psicológicas y estudios sobre la personalidad encontramos una división semejante, más o menos elaborada en diversos estratos estructurales. Así, la capa inferior la llama Ewald vegetativa y Storch y Kronfeld arcaica o paleopsíquica, a la capa intermedia la designa Ewald subcortical, y a la capa superior la denomina Ewald cortical o intelectual, y Storch y Kronfeld la denominan moderna o neopsíquica.

Ahondemos ahora un poco más en el análisis de esta *concepción estructural* médico-psicológica de la personalidad. Para ello tendremos que detenernos primero en determinar los *componentes primarios*, biológicos o *corporales* del carácter y después analizaremos someramente los *componentes secundarios* o *psíquicos*.

Las relaciones del carácter con lo *biológico* o corporal estriban en su dependencia no sólo de algún órgano, como se creía antes, sino de todo el complejo de órganos y sistemas funcionales. En primer lugar, está enraizado en el *cerebro*. La patología nerviosa nos enseña que algunas enfermedades inflamatorias del cerebro dan lugar a intensos cambios del carácter y de la conducta; así, las encefalitis consecutivas al sarampión y a la viruela en los niños, pueden dejar una grave huella, retrasando el desarrollo intelectual o modificando el carácter; igualmente, como resultado de la encefalitis letárgica se han observado en sujetos antes normales en su conducta una modificación de ésta que llega a constituir la llamada *psicopatía adquirida*, en la cual los enfermos se hacen mentirosos, irritables, caprichosos, violentos, desobedientes y siguen así crónicamente. Cuando las lesiones afectan más a los ganglios de la base del cerebro, que son las partes del encéfalo más antiguas en la evolución de la serie animal, se producen cambios en el carácter mucho más profundos porque afectan a los centros reguladores de las emociones, de la vida instintiva y de los impulsos, así como a los de las *funciones vegetativas* (regulación del agua, del azúcar, de la temperatura del sueño, de la presión sanguínea, de la sexualidad, etc., etc.). En cambio,

cuando las lesiones afectan principalmente a la corteza cerebral, que es la parte del encéfalo más reciente en la evolución animal, sólo se observan cambios en las funciones sensoriales y en las intelectuales (irritabilidad, torpeza, falta de memoria, pérdida de los altos intereses espirituales, indiferencia, etc.).

También el sistema *nervioso vegetativo* (simpático y vago), ligado funcionalmente con los centros basilares del encéfalo, que están situados en el diencefalo y mesencefalo según ya hemos dicho, influye sobre el carácter por su acción sobre diversas funciones corporales, como el hambre, la sed, la fatiga, la reactividad vascular. A consecuencia de esto interviene en la producción de los fenómenos de angustia, terror, timidez, ruborización, temblor, sentimiento de inferioridad corporal, etc.

Relacionadas con el sistema nervioso vegetativo actúan las *glándulas de secreción interna*, que influyen sobre los elementos fundamentales del carácter de maneras diversas. Así, el exceso de función tiroidea produce cierta labilidad emocional, aceleración de los procesos ideativos, vigiliad, irritabilidad, mientras que el defecto secretorio de dicha glándula engendra, por el contrario, el embotamiento, la lentitud, la somnolencia del cretino o del mixedematoso. Por otro lado, la hipófisis influye también en el crecimiento y en el desarrollo sexual originando modificaciones en la constitución corporal que influyen sobre el carácter.

La secreción excesiva de la parte anterior de la hipófisis engendra en la mujer un afán inmoderado de aventuras eróticas, lo que los americanos llaman *flapperismo* y los franceses *semivirginidad*.

Lo mismo influyen las glándulas sexuales, que tanta importancia tienen en la determinación sexual completa e incompleta del individuo (tipos intersexuales), y, con ello, en la peculiaridad del carácter hombruno en la mujer y del afeminado en el hombre, o del frío y calculador propio del insuficiente sexual, así como en la coloración erótica de la afectividad y de la vida impulsiva.

SOBRE LA PERSONALIDAD

Las cápsulas suprarrenales producen igualmente modificaciones caracterológicas, como la astenia e irritabilidad, resultante de su insuficiencia funcional y la agresividad masculina de las mujeres con hipersuprarenalismo. Los trastornos en el metabolismo del calcio de las enfermedades paratiroides motivan cierta irritabilidad del carácter.

Esto demuestra que las secreciones internas no sólo influyen sobre las cualidades formales del sentimiento, sino también sobre ciertas direcciones peculiares de la personalidad, como el ascetismo, la crueldad, los sentimientos caritativos, las tendencias artísticas, las inclinaciones anormales hacia el alcohol y los estupefacientes, que son tan frecuentes entre los homosexuales, por ejemplo, como mecanismo de huida de la realidad social inaceptable. Pero no debemos caer en la «mitología endocrina» de un Berman en su discutido libro «The glands regulating personality» (New York 1922), donde ha pretendido deducir de ciertas construcciones endocrinas los tipos de constitución física y caracterológica, en vez de seguir la ruta inversa.

Influidos por esta falsa dirección endocrino-psicológica, se han publicado biografías, en las que se intenta demostrar que todos los cambios en la dirección de la vida de un grande hombre fueron determinados corporalmente por un cambio en la actividad de las glándulas de secreción interna. En la reciente biografía médica de Napoleón publicada por Sokoloff («Napoleon, A Doctor's Biography», Prentice-Hall) se dice que la declinación de aquél fué debida al cambio de la anterior hiperactividad de la hipófisis, que al decrecer hacia los 40 años produjo una profunda transformación en su constitución física y en su energía de voluntad y claridad de expresión. En cambio, en la de Brice (The Riddle of Napoleon, Putnam) atribuye aquella a la obesidad precoz de origen familiar contra la cual luchó Napoleón con dietas, baños muy calientes, intentando liberarse de la autointoxicación de su nutrición defectuosa. Otras biografías recientes, algunas españolas, orientadas en esta misma dirección, adolecen de unilateralidad al tomar en cuenta un solo factor de

los muchos posibles y olvidar la influencia recíproca que lo psíquico ejerce sobre lo endocrino y vegetativo a través de los centros diencefálicos del cerebro que son los reguladores centrales de las actividades glandulares endocrinas.

La clínica nos enseña que hay una serie de grupos de sujetos constitucionalmente *estigmatizados* por mecanismos endocrinos, tanto en lo corporal como en lo espiritual.

Y no queda reducido a esto la relación de lo corporal con el carácter y la personalidad, sino que la fundamentación somática del carácter se extiende también a las funciones elementales de las *células corporales*, al contenido de agua en los tejidos que según Kraus tanto influye sobre la peculiaridad caracterológica o sobre la *persona profunda*. De suerte, que ningún órgano corporal deja de participar en la fundamentación biológica de la personalidad psíquica, si bien las glándulas endocrinas tienen una importancia indudable en esta determinación.

Estos conocimientos tan incompletos no nos permiten aún promulgar una fórmula estructural biológica de la personalidad psíquica, como por otro lado, lo ha intentado en su caracterología Ewald, ni establecer un sistema cerrado de relaciones inmediatas sobre la constitución y el carácter. Por ahora nos tenemos que contentar con meras hipótesis de trabajo, según las cuáles la base del temperamento y de la reactividad afectiva radica en el sistema endocrino y en el sistema nervioso vegetativo, regulados ambos por el tronco basilar del cerebro, en tanto que la inteligencia y las reacciones caracterológicas están principalmente reguladas por la corteza cerebral con sus funciones sensoriales, motoras y asociativas.

Analicemos ahora la *superestructura psíquica o reactiva* de la personalidad que resulta de la experiencia personal. Es la consecuencia de las reacciones de los distintos sistemas corporales frente a las influencias exteriores. Si hacemos un análisis cuidadoso llegaremos a conseguir aislar los elementos psíquicamente irreductibles o irracionales, es decir, los elementos primarios psíquicos, de los cuáles derivan secun-

SOBRE LA PERSONALIDAD

dariamente los más complejos. Estos *elementos psíquicos fundamentales del carácter* o primarios, según Birnbaum, son tres, a saber:

a) El *sentimiento vital general*, o disposición habitual del ánimo, que puede ser: alegre, triste, angustiosa, malhumorada, etc.

b) La *psicomotilidad*, o lo que se llama vulgarmente «el natural» o temperamento, es decir, el ritmo o curso de los procesos psíquicos que se expresan en las manifestaciones emotivas y motoras.

c) Los *impulsos y tendencias elementales* derivadas de lo corporal, como los impulsos: sexual, egocéntrico, gregario y social, de los que se derivan direcciones u orientaciones de la personalidad, como la sociología, la erótica y otras.

De estos elementos psíquicos primarios del carácter relacionados con lo biológico-corporal, derivan los rasgos complejos del carácter, como influidos por las relaciones exteriores. Señalemos algunas de estas derivaciones secundarias:

Del ánimo fundamental o disposición habitual del ánimo se derivan por ejemplo, la actividad o pasividad de la voluntad, la euforia o indecisión en los actos, el concepto de la vida y del mundo, y quizá también el sentimiento religioso más o menos exaltado, la ambición de hacerse valer y las tendencias toxicómanas.

De la *psicomotilidad* se derivan secundariamente el tipo de reacción frente a las vivencias afectivas, las tendencias económicas, culturales, morales, estéticas y sociales, la afición al deporte, las inclinaciones profesionales. Igualmente influye la psicomotilidad sobre otras manifestaciones caracterológicas concernientes a la elaboración interna de las vivencias y la formación de «complejos» reprimidos que después movilizan fuerzas psicoreactivas, singularmente lo que Kretschmer ha designado con el nombre de «capacidad de carga o retención» de las vivencias en el delirio sensitivo de relación, o sea el potencial de carga afectiva retenida en la forma de resentimiento durante muchos años hasta

que descarga algún día como delirio de relación o perjuicio.

Por último, de los *impulsos vitales* se originan rasgos caracterológicos de la esfera sentimental y volitiva que parecen alejados de aquéllos, como por ejemplo, el sentimiento de la belleza, del pudor, etc., que proceden del impulso sexual bajo la acción modificadora de la educación y de la cultura; la tendencia a la propiedad, al dominio, y a valorarse, que se derivan del impulso egoísta; y las inclinaciones familiares humanitarias, caritativas y de solidaridad social, que proceden de los impulsos sociales. De ese modo, de los impulsos primarios y animales vemos derivarse, por elaboraciones y sublimaciones, otras tendencias espiritualmente elevadas, como el deseo de saber e investigar.

Intervienen en estas elaboraciones sentimentales y volitivas los dinamismos psicológicos estudiados por las escuelas psicológicas funcionales de Freud y Adler, como: la sublimación, la sobrecompensación, las represiones, la censura y tantos otros que contribuyen a la configuración del carácter.

La herencia de las disposiciones de la personalidad y del carácter.

Las cualidades psicológicas primarias y fundamentales del individuo las recibe en herencia de sus predecesores en forma de *disposiciones hereditarias psíquicas* que radican en las células germinales del ser y mediante éstas son transmitidas al individuo desde las generaciones anteriores en virtud de las leyes biológicas de los procesos hereditarios. Al mismo tiempo se transmiten también los *componentes caracterológicos fundamentales*. Examinando los rasgos más peculiares del carácter en diversas generaciones de parientes de una persona determinada, por ejemplo, de un hombre eminente, podemos hallar las trazas de los componentes y rasgos psíquicos más destacados de éste y podemos imaginar las *ligazones hereditarias* de los elementos del carácter que se han producido en cada caso.

Esta investigación es, sin embargo, muy complicada, dada la variabilidad de caracteres que encontramos en los distintos individuos de una familia. Proceden éstos de las

SOBRE LA PERSONALIDAD

innumerables combinaciones posibles de los *radicales heredo-biológicos del carácter*, que se transmiten independientemente. Los primeros intentos de Hoffmann para aislar estos radicales o disposiciones hereditariamente independientes, no han sido muy fructíferos. Admite tres grupos de disposiciones o complejos hereditarios de cualidades, con los cuáles intenta investigar los *tipos dinámicos del carácter* que acepta provisionalmente, siguiendo las descripciones plásticas de Spranger, de las que después nos ocuparemos. Estos tres grupos son: a), las *cualidades del sentimiento* que son antagónicas, como la sequedad y la ternura, por un lado, y la irritabilidad y el embotamiento por otro; b), el *estado de ánimo habitual*, levantado o deprimido; y c), la *disposición de la voluntad*, decidida y enérgica, o abúlica e inconstante. Con estos radicales caracterológicos, comprobados a lo largo de varias generaciones, puede construir una serie de agrupaciones y combinaciones que sigue después en los descendientes. Explican igualmente las desviaciones estructurales propias de los sexos distintos y hasta las transformaciones caracterológicas del individuo aislado a través de la curva de su vida, transformaciones que dan lugar a esos cambios aparentes de la estructura del carácter en las distintas edades, respecto a la calidad y cantidad de los radicales caracterológicos.

Según Hoffmann, mediante la repetición frecuente de ciertas correlaciones hereditarias particulares, se producen tipos característicos de personalidad sumamente semejantes; estas correlaciones representan combinaciones determinadas de los elementos potenciales. Mediante este análisis *genético* de la caracterología, fundada en bases heredo-biológicas, puede descomponerse la forma estructural específica del individuo partiendo del estudio de sus antecesores. Podemos así llegar a comprender también esas naturalezas socialmente inadaptadas y llenas de contrastes caracterológicos de los psicópatas, como productos de mezclas complejas de radicales caracterológicos antagónicos o contradictorios, hereditariamente dados; es lo que Hoffmann denomina «antinomias

del carácter» o «contrastes de disposiciones», es decir, mezclas de cualidades contradictorias del carácter que no se excluyen entre sí en el individuo, sino que aparecen acumuladas o entrelazadas de manera peculiar y disarmónica.

Podemos igualmente explicarnos así las diversidades caracterológicas disarmónicas de los genios que han sido estudiados desde el lado temperamental por Kretschmer en su libro sobre los «Hombres geniales». Un ejemplo real nos mostrará lo que puede ponerse en claro mediante esta investigación genética o heredobiológica del carácter en un hombre genial (método genealógico). En nuestro estudio sobre la «Influencia de la personalidad y el carácter de Cajal en su obra» publicado en *Tierra Firme*, núm. 1, 1935, al tratar de los factores hereditarios hacemos ver cómo el germen de la personalidad de Cajal se hace ya visible en sus progenitores. El padre era un hombre austero, enérgico, tenaz, ambicioso, inteligente y laborioso, que desde la categoría de mozo de barbería de una aldea, llega a elevarse por su propio esfuerzo prolongado, siendo ya casado y con cuatro hijos, a médico-cirujano de extenso renombre en la alta Navarra y Aragón y, años después, a médico y profesor auxiliar de anatomía en Zaragoza; en cambio carecía de todo sentimiento artístico y repudiaba la cultura literaria como algo ornamental o recreativo, opuesto a su ideal austero y positivo. Por el contrario, la madre de Cajal era una recia lugareña, bondadosa, modesta y económica, pero perdidamente aficionada a las novelas románticas, que escondía en su baul y las prestaba a sus hijos a espaldas del enérgico padre. Desgraciadamente no podemos seguir en las respectivas familias estos rasgos contradictorios de ambos cónyuges, por falta de datos. Del matrimonio mencionado nacen cinco hijos, de los cuales dos, D. Santiago y su hermano D. Pedro, llegan a ser profesores universitarios y por sus trabajos adquieren renombre universal. El más glorioso, D. Santiago, nos muestra una curiosa combinación de los rasgos caracterológicos heredados de ambos progenitores. Por un lado, es tenaz, económico, ambicioso de gloria, incansable para el

SOBRE LA PERSONALIDAD

trabajo, según era su padre, y por otro, es tímido, modesto, romántico, soñador, aventurero, artista y aficionado a las lecturas al igual que su madre. Como todo hombre de genio cultiva sus cualidades buenas para perfeccionarlas y se esfuerza por modificar y compensar las que reputa perjudiciales. Por eso nos dice en sus memorias: «...durante mi niñez fui criatura discolá, excesivamente misteriosa, retraída y antipática. Aun hoy (escribe en 1923), consciente de mis defectos y después de haber trabajado heroicamente por corregirlos, perdura en mí algo de esa arisca insociabilidad tan censurada por mis padres y mis amigos». Estos rasgos de «insociabilidad» proceden al parecer de la familia materna de Cajal, en la que, según nuestras noticias particulares predominaban los retraídos «introvertidos» y ha habido algún enfermo mental esquizofrénico, psicosis en la que predomina esa tendencia asocial. Gracias a este rasgo caracterológico heredado de la familia Cajal, que pudiera ser perjudicial al individuo corriente, en el investigador de laboratorio se engendra esa *capacidad de aislamiento* y de enfoque limitado necesaria para la obra perseverante del biólogo. Su pasión por la naturaleza, su afición al dibujo, su curiosidad analítico-sintética por descomponerlo todo y volverlo a reconstruir, que se hacen evidentes desde la infancia, son otros factores del carácter que contribuyen a crear su genialidad. Los hombres «que hacen los *descubrimientos*—ha dicho Claudio Bernard—son los promotores de ideas nuevas y fecundas». El hombre genial tiene en su espíritu la intuición o el sentimiento de las leyes de la naturaleza, pero no conoce su forma, y el método experimental se la enseña. El método pues, no dará ideas nuevas al que no las tenga, pero le servirá para desarrollarlas al que las intuya. En eso se distinguen los *obreros* de la ciencia, de los *genios* de la ciencia.

Lo mismo sucede en el arte. El estudio que ha hecho Moebius de los antecedentes hereditarios de la familia Goethe nos muestra con diafanidad la compleja combinación de rasgos caracterológicos heredados de cada línea de

sus progenitores. En ellos vemos ya señaladas las disposiciones heredadas de las cualidades, que luego, cultivadas y favorecidas por el medio engendran la personalidad. Este es el producto de su perfeccionamiento a lo largo de la vida individual por la influencia del ambiente familiar y cultural que rodea al genio y de los mecanismos psíquico-reactivos (compensaciones, sublimaciones, etc.), y de adaptación o reajuste. Dichas *determinantes sociológicas del carácter* necesitamos tenerlas siempre presentes frente a estos otros sistemas de *preformación del carácter*, como el constitucional y el heredobiológico. Su importancia es considerable para la configuración de la superestructura de la personalidad, según veremos más adelante. Si no fuera así quedaba excluida la acción reformadora de la educación, como parte de las influencias ambientales, y caeríamos en el pesimismo a que conduce el absoluto determinismo hereditario de la personalidad y del carácter. Los estudios de Lange y de otros sobre la psicología de los gemelos nos han mostrado que en los gemelos hemozigóticos o univitelinos, es decir, engendrados en el mismo huevo y, por tanto, con la misma proporción de *genes* de igual categoría, esto es, con iguales radicales caracterológicos, la criminalidad y ciertas psicosis endógenas o constitucionales se heredan casi fatalmente a igual edad; la semejanza física y espiritual de estos gemelos es extraordinaria, así que aun separados en ambientes distintos presenta a iguales edades, las mismas tendencias delictivas o las mismas manifestaciones psicopatológicas. Es decir, que un *determinismo* fatal les lleva hacia una misma conducta, aun educados en medios diferentes. La concordancia llega a comprobarse en un 68 a 84 por 100 de los individuos; por el contrario, en los gemelos bivitelinos, o procedentes de huevos distintos, la proporción de la concordancia es próximamente igual a la que se observa en los hermanos no gemelos (un 40 por 100). Esto demuestra científicamente de un modo evidente la enorme influencia de la herencia frente a la del ambiente, en la génesis de la personalidad y del carácter.

SOBRE LA PERSONALIDAD

La herencia depende, de la diversa combinación de genes procedentes del padre y de la madre. El sér humano tiene 23 ó 24 cromosomas, según sea masculino o femenino. Algunas enfermedades, como la epilepsia, la esquizofrenia, la psicosis maniaco-depresiva, en los gemelos univitelinos empiezan con frecuencia, en la misma época de la vida. Sin embargo, siempre hay un 16 por 100 de discordancia aún entre gemelos univitelinos, lo que nos deja ciertas esperanzas respecto a la influencia ambiental en estos casos de no concordancia.

Los investigadores norteamericanos Neuman y Muller estudiaron una serie de gemelos idénticos o univitelinos que fueron separados poco después del nacimiento en ambientes distintos. El análisis de la personalidad mostró que cuando los ambientes habían sido similares, se observaba una gran semejanza en lo mental y temperamental (los cocientes intelectuales eran casi iguales), pero cuando los gemelos habían sido educados en condiciones distintas de nivel cultural, se hacían patentes ciertas diferencias. Llegaron así a la conclusión, que los rasgos distintos procedían de la *influencia ambiental* y los rasgos similares derivaban de la *herencia*. No debemos olvidar tampoco que las enfermedades que tanto influyen sobre el carácter y la personalidad son, en su mayoría, de origen externo o ambiental, pero que la susceptibilidad para padecer algunas enfermedades, es heredada en forma de *disposición*.

En resumen, la herencia provee al ser de disposiciones fundamentales temperamentales y caracterológicas que son el esqueleto de la personalidad. Lo demás es producto del ambiente, frente al cual cada individuo reacciona de manera peculiar, condicionada principalmente por las disposiciones hereditarias y secundariamente por su experiencia vital. Por ejemplo, tres niños distintos sufren un mismo trauma sexual en la escuela: la sugestión pederástica de un muchacho mayor. A pesar de esta agresión sexual del ambiente, igual para los tres, cada uno desarrolla después en la vida una distinta reacción frente a esta vivencia. El

uno sentirá ya siempre un temor de que las demás personas sepan que él se entregó en la infancia a aquellas inclinaciones perversas y se creará aludido en todas partes, hasta presentar un delirio de relación o persecutorio; el otro presentará manifestaciones obsesivas de remordimiento de su perversión y, por último, el tercero no volverá a preocuparse de aquella experiencia, se casará, tendrá hijos y alguna vez contará aquella experiencia como una bagatela propia de la inocencia infantil, según nos ha referido algún enfermo nuestro.

¿Qué ha determinado en cada uno de estos niños una elaboración distinta del mismo complejo sexual? Indudablemente su distinta *disposición* hereditaria o familiar a ciertas reacciones psicopáticas. La prueba experimental le ha dado Gorongcy en su estudio estadístico de varias muchachas de más de 20 años sin reacción neurótica alguna, a pesar de los traumas sexuales sufridos en la infancia. La investigación genealógica nos podrá ayudar a poner en claro la génesis de esta distinta «elección de los síntomas» en los dos primeros y de esa reacción normal en el tercero. A esta aclaración más perfecta contribuirá el análisis individual psicológico que nos mostrará los influjos de otras vivencias añadidas a aquélla que han contribuido también al resultado final. No debemos conformarnos, pues, sólo con las *hipótesis* de la *preformación* del carácter, sino también completar nuestro estudio con las *interpretaciones dinámicas* de las influencias mesológicas y de los mecanismos psiquico-reactivos individuales. Sobre esta predeterminación de las reacciones personales volveremos a hablar más adelante.

*La estructuración
de la personalidad
a lo largo de la
vida.*

No debemos limitarnos a estudiar la personalidad en un momento dado de su formación, como en un corte transversal, cual si fuese algo rígido y estático, sino que debemos considerarla como algo dinámico, en constante evolución, que debemos analizar en su devenir continuo a lo largo de la vida, como en un corte longitudinal. Este enfoque o consideración *genética biológico-evolutiva* de la

SOBRE LA PERSONALIDAD

personalidad en sus transformaciones vitales, estudia las influencias sobre el carácter y la personalidad del proceso biológico del crecimiento, la maduración y la involución senil. La transformación evolutiva de la personalidad tiene un fondo *biológico*, condicionado por las funciones coordinadas de los órganos, las glándulas de secreción interna y el sistema nervioso. Los tránsitos de una fase a otra están relacionados con procesos biológicos, en los cuales irrumpen brotes o conmociones psíquicas ligadas a las fases de la pubertad, del climaterio y la evolución, que influyen sobre la conducta individual y sobre su manera de vivir aquellas experiencias. El individuo reacciona entonces con su entera personalidad multifacética. Se mezclan entonces las experiencias o vivencias de origen biológico, propias del crecimiento, a aquellas otras experiencias ambientales puramente psicológicas y, por eso, en estos estudios del desarrollo, es muy difícil diferenciar lo que deriva de lo biológico, de lo que procede de la experiencia de la vida.

Sabemos que el *niño* es vivaz, hiperexcitable, con una afectividad desenfrenada, con sentimientos fuertes, pero lábiles, falto del sentido de la realidad y con una motilidad inestable y activa. Sabemos también que la *pubertad* se caracteriza por la irrupción biológica de los impulsos sexuales, que influyen sobre el carácter y la inteligencia; en ella el individuo sufre una crisis psicológica profunda por el esfuerzo de probarse a sí mismo y de independizarse. Conocemos también que en ese momento de la vida se hacen patentes las *disposiciones biológicas preformadas* a las desarmonías psicopáticas y a ciertos procesos psicopatológicos endógenos de naturaleza esquizofrénica. Después de este periodo, experimenta la mujer nuevas influencias biológicas modificadas por el *embarazo* y la *maternidad*, produciéndose cambios intensos en su afectividad y en los sentimientos por la realización de la vida sexual. En la *madurez* sabemos que se produce biológicamente una fijación o rigidificación de los automatismos, habilidades y adquisiciones conseguidas en las edades anteriores. Más tarde en la vida, sobreviene el

cambio biológico de la personalidad consecutivo a la *edad crítica o climaterio*, que afecta a ambos sexos, aunque se hace más patente en la mujer, determinando modificaciones intensas corporales y psíquicas. El estado de ánimo se entristece y la conducta está dominada por el sentimiento del fracaso en la vida; hay entonces una irritabilidad exagerada, una mayor fatigabilidad, los afectos se hacen más labiles, se disminuye la voluntad, las ambiciones y la capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias, el círculo de intereses en la vida se estrecha, se produce cierta inconsecuencia en la conducta. En todas estas manifestaciones externas de la edad crítica se hacen más patentes o se exageran mucho ciertas tendencias preformadas de la personalidad que dan entonces apariencias peculiares al carácter. Así, en las personas antes desconfiadas en el amor, surgen unos celos anormales respecto del cónyuge; y en los que tenían un carácter sensitivo se produce una psicosis de relación o persecutoria, creyéndose maltratados o vejados por los demás. Esta imagen se acentúa aun más en la edad de la *involución senil* a consecuencia de los intensos cambios biológicos de todo el organismo, y, sobre todo, del cerebro. Los afectos se apagan, los movimientos se rigidifican, falla la atención y la memoria, la energía espiritual se estrecha progresivamente, el círculo de intereses en la vida se va limitando al propio yo, hasta llegar a la gran decadencia espiritual de la senectud. La resignación es entonces el sentimiento dominante.

A través de todas estas modificaciones que imprimen las fases biológicas del crecimiento, madurez e involución, se conserva cierta *constancia unitaria de la personalidad* y del carácter, que está endógenamente predeterminada.

Intimamente ligada con dichas modificaciones corporales de la estructura de la personalidad se producen en dichas edades otras de naturaleza *psicológica fija*, que derivan de aquéllas y que tienen, por tanto, un *origen interno*; tales son, por ejemplo, la necesidad de independenciam y de protesta familiar del adolescente, como consecuencia del re-

SOBRE LA PERSONALIDAD

fuerzo del yo, condicionado biológicamente por el crecimiento; o el descenso de vitalidad corporal acompañada de la coloración hipocondriaca-depresiva del ánimo en la involución senil.

Aparte de estas influencias *psicológicas internas*, que son en parte evolutivas y en parte preformadas, tenemos que estudiar aquellas otras de *origen externo*, que influyen sobre la personalidad desde fuera, produciendo en ella modificaciones físicas y espirituales. Unas dependen del ambiente *físico* (clima, altura, suelo, latitud, alimentación, etc.) y otras de la *organización social*. Estas últimas se condensan en el estudio de la *sociología de la personalidad* que haremos después. Intermedias entre estas influencias exógenas hay otras muy importantes que son consecutivas a las *enfermedades*, las cuáles actúan por la modificación corporal que producen (cojera, jibosidad, parálisis, estrabismo, enanismo, etcétera), y sobre todo por la trascendencia social que estos defectos tienen y la reacción psíquica que por ésta se produce en el individuo frente a ellos, como por ejemplo, el esfuerzo de ocultación de un defecto con retraimiento y timidez, o bien el ansia de compensación por la agresividad, o por la sublimación y el conformismo, influidos por un sentimiento de resignación.

La concepción metafísica de la diferenciación sexual considera a la *masculinidad* y a la *feminidad* como principios de todo ser vivo. La naturaleza de éste es determinada por la *proporción fundamental* en que ambas fuerzas se mezclan en él. Esta concepción antigua se sostiene aún hoy día exageradamente en la obra de Weininger: «Geschlecht und Charakter» (Sexo y carácter), en la que se concede a lo masculino un valor y a lo femenino un desvalor, y también en la teoría bisexual del hombre de Steckel. En efecto, toda metafísica irracional del hombre se funda siempre en este concepto o principio de la bipolaridad del individuo.

Los fundamentos constitucionales de la determinación sexual de la persona nos enseñan que la sexualidad del in-

dividuo está *preformada genotípicamente* en sus funciones psicofísicas, es decir, heredobiológicamente por los determinantes sexuales del plasma germinal, pero hay que admitir la intervención de otros determinantes o *factores epigenéticos dinámicos* en la configuración sexual ulterior para constituir la sexualidad individual como un *todo*. Así se explican las bases constitucionales hormonales de las funciones y desviaciones sexuales anormales. Hay, pues, influencias hereditarias e influencias constitucionales adquiridas de origen glandular endocrino en la configuración sexual ulterior del individuo.

Conocemos hoy por la clínica y la experimentación una *intersexualidad constitucional* determinada hormonalmente por las secreciones internas. El grado de ésta puede acentuarse posteriormente, tanto somática como funcionalmente. Como consecuencia de ello se configuran los caracteres corporales y espirituales en un sentido *masculino* o *femenino*, pudiéndose concebir una serie indefinida de estadios intermedios dentro de los cuáles se desarrolla el complejo intersexual. Esta hipótesis distingue: a), Variantes constitucionales intersexuales con signos *morfológicos* de tipo primario y secundario; b), variantes de la conducta *psicosexual*; y c), variantes de la conducta *psíquica no sexual*. Todas estas son formas de las variantes de la constitución intersexual que se comprueban en la realidad clínica como *tipos intersexuales*.

Aparte de estos tipos intersexuales hay las inhibiciones en el desarrollo sexual denominadas *infantilismos disglandulares*, que puedan ser parciales o monoglandulares y totales o pluriglandulares.

No es adecuado aquí entretenernos con el estudio de las diferencias psíquicas de los sexos, y las características de *lo masculino* y *lo femenino*, que nos ocuparía mucho tiempo. Sólo diremos que el impulso sexual masculino se caracteriza por una reactividad y determinabilidad externa mucho mayor y el femenino por su mayor ritmo interno. Al impulso masculino corresponde más una tendencia creadora, de pose-

SOBRE LA PERSONALIDAD

sión y dominio, mientras que al femenino le concierne la tendencia a la pasividad, entrega y sumisión. Esto corresponde a la cultura nuestra, en que la conducta sexual del hombre es más activa y agresiva y la de la mujer más pasiva; pero en las culturas en que predomina el *matriarcado*, las cosas suceden verosímilmente al contrario, según Vaerting. Sin embargo, estas cualidades de los impulsos están enraizadas en las bases biológicas de la sexualidad y actúan sobre la psiquis de los sexos, no sólo en la erótica y el amor, sino también dentro del orden social.

Dos son las series de condiciones que dan su aspecto peculiar al impulso sexual y con ello la *tipización* de su modo de expresión: de un lado, la relación con el otro ser o pareja, es decir, su motivación *social* y, de otro lado, el acoplamiento de este impulso en la persona, es decir, el factor *biológico vital*; este último estriba en las conexiones de los sentimientos del yo y del propio valor con el impulso sexual, los cuales determinan una importantísima acción recíproca entre el vivenciar del propio yo y el del impulso, que influye sobre la entera personalidad.

La organización psíquica del individuo como un todo puede estar en concordancia con su organización corporal sexual, pero puede estar en discordancia o contraposición, lo cual el individuo lo vive y siente como tal discordancia, y muchas veces como drama íntimo de su relación social. Esto sucede con los *feminismos* del hombre y con los *virilismos* de la mujer, que se observan a veces en el terreno psíquico no sexual. Mencionemos también las debilidades características del espíritu en las deficiencias del desarrollo sexual de los *eunucoides* y, por último, las *desarmonías entre el impulso sexual y el resto de la personalidad* que determinan las distintas *perversiones sexuales* y originan una problemática sexual de la individualidad.

Todas estas variantes de la constitución psicosexual influyen como es conocido sobre la determinación y configuración del carácter y la personalidad en las diversas formas de simpatía o de amor, cuya fenomenología ha sido

analizada profundamente por Max Scheler en su libro de 1913 «Zur Phenomenologie und Theorie der Sympathiegefühle» (Fenomenología y teoría de los sentimientos de simpatía). Se producen, según él, por diversos mecanismos los tipos de intimidad, de comprensión mutua, de simpatía secreta y, por último, de amor, en que el *tú* es vivido por el yo en su singularidad como algo único y diferencial. En el amor sexual se pueden distinguir dos tipos distintos del hombre: el del *erótico*, que se relaciona con el *tú* de manera distinta a como lo hace con los demás seres, y el del *carismático*, que se sitúa respecto al *tú* amado como lo hace respecto de los demás seres. El primero es entusiasta y centrado en el amor exclusivamente, mientras que el segundo es comprensivo, bondadoso y socorredor. El erótico ama para *ser* amado y el carismático más bien ama como un deber que hay que cumplir. Estos dos tipos de amor se observan por igual en ambos sexos. Ahora bien, como en el amor sensual el auténtico sentimiento valorativo del *tú* para el individuo no está fundado en lo sexual, resultan distintos tipos de amor según que haya coincidencia o discordancia entre el ideal amoroso y el tipo erótico-sexual deseado. De este modo se engendran: el *amor material* exclusivo o carnal; y el *amor platónico*, en el cual el individuo se cree muy inferior al ser ideal amado, al que no aspira a poseer carnalmente. En fin, la seguridad o inseguridad del valor erótico de uno mismo engendra en el individuo o bien la *confianza* del *tú* en el amor, o por el contrario, los *celos* de la pareja o cónyuges.

La cantidad o proporción de esencia masculina o femenina que hay en cada individuo, motiva en él cierto aspecto de la configuración de su carácter: agresividad, espíritu emprendedor, valor ante la vida, en el masculino; o bien pasividad, obediencia, colaboración obscura, actividad maternal en el femenino. La escuela psicológico-individual de Adler (1)

(1) *Adler*: Ueber mänliche Einstellung bei weiblichen Neurotiker (del libro: Praxis und Theorie der Individual Psychologie. III ed., 1927, p. 77).

SOBRE LA PERSONALIDAD

encuentra en toda mujer neurótica una *actitud masculina*, es decir, una protesta viril contra lo femenino. Para esta escuela la *disposición neurótica* tiene como punto de partida una situación patógena infantil en la cual tiene lugar este juego de fuerzas; por un lado, la inseguridad del papel futuro del sexo y, por otro lado, las tendencias reforzadas a desempeñar un papel masculino (dominante, activo, heroico). Así, en estas mujeres neuróticas podemos comprobar un desprecio de sus líneas femeninas y un reforzamiento de lo masculino, tanto en las acciones, como en los deseos y sueños.

Por otros muchos motivos psicológicos son innumerables los individuos que tienen caracterológicamente una actitud poco adecuada para el amor y el matrimonio, en la cual domina un miedo de salir del aislamiento del yo y un temor de renunciar a la seguridad e independencia del yo; más brevemente, un *temor ante la intimidad* con el amado o el cónyuge. Se ama demasiado la propia tranquilidad, la propia comodidad porque se ama demasiado su yo; por esto se dificulta con toda clase de obstáculos el amor a otro. En la interpretación del «Don Juan» dada por Unamuno, quizá la más profunda de las que conocemos, se llega a esta misma explicación. Don Juan es un sér que no ama más que a sí mismo y en cuanto posee a la mujer como placer huye de ella por temor a la intimidad, por no entregar nada de su yo, por no perder su independencia.

También interesa aquí el problema caracterológico de la «elección de amor». Se realiza, por lo general, de maneras muy variadas bajo el influjo del carácter. Hay individuos que buscan constantemente un objeto de amor y nunca encuentran nadie que les satisfaga; en realidad su manera de buscar es más bien una manera de no encontrar, ya que todo es señalar «peros». Hay otra forma curiosa de fracaso personal en el amor, que Künkel (1) denomina el *boicot inconsciente*; el sujeto, tras largo buscar encuentra la persona

(1) Künkel: Einführung in die Charakterkunde. 5.^a ed. Leipzig 1932.

ideal deseada y cuando cree conseguir que corresponde a su amor resulta que la persona amada está casada o ama a otro pretendiente de alguna manera; y esta suerte se repite varias veces en la vida hasta constituir un tipo de carácter desgraciado que viene a ser como el «tercero excluido». Estos seres que buscan en el amor imposibles o personas problemáticas y difíciles, llevan en su carácter caprichoso el germen de su fracaso y de su mala suerte.

Sería imposible describir aquí todos los demás tipos de fracaso en la elección de amor y en el matrimonio, que derivan de peculiaridades del carácter y de una falsa actitud del sujeto frente a la vida.

Como resumen de todas estas consideraciones diremos, que el sexo influye sobre el carácter de modos diversos infundiéndole un predominio de la esencia masculina o de la femenina; pero que a su vez también el carácter influye sobre la vida sexual determinando formas de *suerte* que aparentemente son originadas en el ambiente, aunque en realidad surgen de la misma manera de ser de la personalidad.

La expresión de la personalidad.

Llamamos *expresión* a la serie de rasgos corporales, acciones y movimientos musculares del hombre que son significativos de su carácter y de su conducta. Nos sirven para estudiarla y hasta poderla predecir en determinadas situaciones de la vida.

La expresión es, según Rutz, la exteriorización del hombre «interno», es decir, de lo psíquico-espiritual por intermedio de lo corporal externo y de la materia que le circunda. «Los jóvenes, sobre todo—dice Ortega y Gasset—en su ensayo «Sobre la expresión fenómeno cósmico», suponen que su persona interior, los vicios de su carácter, son un profundo secreto que en sí llevan, bien defendido ante las miradas ajenas por la materia opaca de su cuerpo. No hay tal: nuestro cuerpo desnuda nuestra alma, la anuncia y la va gritando por el mundo», y añade: «El gesto, la forma de nuestro cuerpo es la pantomima de nuestra alma. El hom-

SOBRE LA PERSONALIDAD

bre externo es: el actor que representa el hombre interior. Ciertamente que en nuestra figura y gesto no se deja ver toda nuestra intimidad; pero ¿es que alguien ha visto todo un cuerpo?» Así concreta nuestro filósofo todo el problema moderno de la expresión de la personalidad y recuerda aquellos versos de Goethe:

«Nada hay dentro, nada hay fuera,
Lo que hay dentro, eso hay fuera.»

Los gestos mímicos son símbolos sustitutivos de emociones o acciones definidas. Simbolizar es sustituir una cosa por otra, por ejemplo, la patria, por la bandera. Cuando un hombre encolerizado con otro da un puñetazo sobre la mesa, ésta simboliza al sujeto que le irritó. Esta teoría simbólica de los gestos emocionales fué iniciada por Darwin y desarrollada recientemente por Piderit.

Los fenómenos expresivos—dice este autor—constituyen manifestaciones externas del carácter o *síntomas de la personalidad* y de sus estados ocasionales (del ánimo, del humor, etc.). La expresión puede manifestarse de diversas maneras, a saber: *a*), por las formas persistentes del cuerpo, como la fisionomía; *b*), por los procesos pasajeros de la actividad muscular visible, como la gética, la marcha, la voz; y *c*), por los resultados de tal actividad muscular o de otras acciones, que aparentemente no tienen sentido, como la escritura (gráfología), etc.

La *expresionología* moderna no se contenta ya, como antes hacía, con un síntoma único o patognomónico, sino que al igual que la medicina moderna exige síndromes o imágenes complejas de diversos síntomas (grafológicos, fisiognómicos y antropológicos) para hacer juicios complejos totalitarios sobre la personalidad. Antes se creía que un *menton prognato* era signo de energía o bien que la escritura muy subrayada era indicio de orgullo; pero hoy sabemos gracias a Klages y otros, que cada característica de éstas en la escritura tiene una doble o triple significación y que por

tanto para hacer un juicio acertado caracterológico es preciso relacionarla con otras manifestaciones expresivas de la gética y mímica, de la constitución tipológica corporal, del movimiento al escribir, etc. Esta *expresionología comparada* no se limita siquiera a lo *individual*, sino que debe extenderse al grupo humano o racial a que pertenece el sujeto, pues los caracteres expresivos varían en cada raza. Así, por ejemplo, en el hombre nórdico tiene más valor expresivo la fisionomía estática que la expresión de los gestos, mientras que en el hombre meridional tienen más significación los movimientos expresivos y la dinámica de los gestos. Por eso, en unos es más útil como método de estudio la fotografía y la medición antropológica, y en otros la cinematografía de los movimientos.

¿Quién duda—ha hecho observar Ortega y Gasset—que la manera de *andar* es también distinta en cada raza y hasta en algunas regiones? Cada individualidad tiene una manera peculiar de andar, ya con los pies hacia afuera, ya cruzándolos algo, ya levantando mucho las piernas, como el caballo que bracea, ya arrastrándolos. Hay una cierta tipología de la marcha en relación con la constitución corporal.

La *voz* es igualmente un rasgo distinto de nacionalidades y de regiones. El español tiene la voz más pectoral y el francés más bucal; en otras naciones es más gutural. Rutz distingue en la voz y expresión compleja de los europeos tres tipos, que simbólicamente denomina: el esférico, el parabólico y el piramidal, señalando para cada uno un complejo preciso de síntomas con gran preponderancia de lo dinámico sobre lo material. Cualquiera habrá observado que entre el inglés que habla bajo y sin gestos, y un español que grita al hablar y gesticula vivamente, hay diferencias esenciales. La fonética experimental registra estas diferencias nacionales y regionales de la voz y de la articulación de la palabra. La voz tiene una base biológica que guarda relación con la constitución corporal y con las secreciones internas. La voz de tenor se ha dicho que está ligada a cierto grado de intersexualidad femenil, en tanto que la del bajo señala

SOBRE LA PERSONALIDAD

al macho completo. Por el contrario, en la mujer, la voz de tiple es propia de la máxima feminidad, mientras que la voz hombruna corresponde a una intersexualidad masculinizada o virilizada.

Los estudios comparados y antropológicos raciales han puesto también de relieve que hay una relación entre los síntomas expresivos y la estructura corporal humana. El individuo pícnico, regordete y bajo, habla y gesticula con vivacidad, de acuerdo con su personalidad extravertida, mientras que el sujeto leptosómico, delgado y alto, es contenido en sus gestos y en su conversación, en relación con su personalidad introvertida.

Hasta en la *manera de señalar* un objeto o paisaje lejano hay también una manera individual de colocar el índice, de extender el brazo, de situar el cuerpo.

S. Zweig, en su novela «Veinticuatro horas de la vida de una mujer», describe así la *expresión de las manos* de los jugadores de azar: «Todo puede adivinarse en esas manos, en su manera de esperar, de coger, de contraerse: al codicioso se le reconoce por su mano parecida a una garra, al pródigo por su mano blanda y floja, al calculador por su muñeca firme, al desesperado por la mano temblorosa; cientos de temperamentos se descubren con la rapidez del rayo, ya en el modo de tomar el dinero, ya si lo estruja o lo agita nerviosamente, ya si abatido y con mano fatigada, hace indiferente una apuesta en el tapete verde...» Imprimen a su semblante una frígida indiferencia, pero olvidan las manos «y las manos ponen, impudicamente, al descubierto su secreto...» «cada una actúa de manera diferente, porque expresa un temperamento distinto...»

No hay tampoco dos *risas* iguales; sus modulaciones representan el carácter del reidor, su íntimo sér. La manera de *mirar* es a sí mismo completamente personal; pero a su vez, el mismo sujeto puede tener numerosas formas de mirar, pues la mirada es el gesto más expresivo: la mirada puede ser indiferente, intensa, penetrante, vaga, voluptuosa, reflexiva, clara, turbia, etc., etc.

Cuando nos presentan a una persona hacemos involuntariamente el análisis de su tipo, de su expresión y de su mímica. Esta inspección deja en nosotros un precipitado estimativo y una como interpretación de su carácter.

Piderit, en su libro «Mimik und Physiognomik» 1925 (Mímica y Fisiognómica), ha intentado conseguir una división sistemática y una interpretación de los movimientos mímicos para construir una expresionología mímica geométrica. Estudia la mímica de los ojos, de la boca, de la nariz y su interpretación expresiva. La relaciona después con el carácter, asignando determinados movimientos mímicos a los hombres de determinada estructura caracterológica. Existen—dice—movimientos mímicos según los objetos imaginados o representaciones; estos movimientos mímicos cuando van unidos a representaciones agradables o desagradables son iguales a los que se producen consecutivamente a las impresiones o sensaciones agradables o desagradables.

Ese estudio parcial de la *mímica* tiene pues interés para el conocimiento de los hombres, pero precisa para alcanzar su valor completo, relacionarse con la constitución y con las demás formas de expresión.

Ahora bien, no sólo la mímica y la géstica revelan y descubre el carácter personal encubierto, sino también la *indumentaria*. El traje tiene un valor expresivo y peculiar; hay maneras de vestir pulcras, cuidadas, rebuscadas, minuciosas, presumidas, cursis, abandonadas, desordenadas, desiguales en los distintos días, etc., las cuáles revelan el carácter de la persona. Este idioma indumentario individual descubre al hombre, que primitivamente se cubría para ocultarse, más que si fuese desnudo. En las épocas históricas en que más se ha cultivado el desnudo cree Ortega que triunfaba la puerilidad y la escasa vida interior, mientras que en los períodos románticos y de embriaguez espiritual los vestidos cubrían hasta el cuello.

La *escritura* y el estudio de sus características esenciales e individuales (grafología) ha sido objeto de la moda en las últimas décadas. Según Klages las llamadas *escrituras na-*

cionales, como las peculiares de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Rusia, son interpretables expresionológicamente como formas de exteriorización de las características individuales de la mayoría de los sujetos de dichos países. Lo mismo puede decirse de las variaciones *profesionales* de la escritura, e incluso de las características correspondientes a cada *período histórico*. El «espíritu» de una época histórica es distinto y lo mismo lo es el personal de los hombres de aquella época. Con respecto a la profesión, podemos decir que ésta transmite al sujeto, aparte de una mímica, voz y géstica especial, una manera de escribir. Características son, por ejemplo, las escrituras ilegibles de los médicos y las precisas y claras de los comerciantes; pero dentro de los rasgos comunes a una profesión se distinguen los caracteres individuales. De este modo pueden separarse fácilmente los escritos del comerciante conciliante con el comprador, de los del comerciante seco y enérgico o inflexible. Como en la mímica y en la géstica, hay también en la grafología una *simbólica* significativa, según ha señalado Pulver en su libro «*Symbólik und Handschrift*» (Simbólica y escritura).

Hay grafólogos que pueden intuir una gran riqueza de rasgos del carácter del sujeto por el solo examen de un escrito. Kolle cita las experiencias hechas con una grafóloga famosa que en gran número de escritos distintos, procedentes de personas bien estudiadas caracterológicamente por el experimentador, señaló con acierto numerosos rasgos típicos del carácter y de hechos de su vida, equivocándose pocas veces. Reconoce por ello—como lo hizo Goethe también—, que hay personas dotadas de cualidades especiales intuitivas y de observación, perfeccionadas por la práctica, que les permiten deducir consecuencias sorprendentes sobre el carácter de las personas por el estudio de su escritura, sin que luego sepan explicar teórica o científicamente las razones de sus juicios. Algo semejante sucede con los buenos catadores de vino, con los médicos de gran «ojo clínico», o con las personas que llegan a tener un gran «conocimiento de los hombres» que les permite señalar rápidamente sus cualida-

des del carácter, por sus gestos, su mímica, su manera de vestir y de expresarse. Por eso no se pueden poner en relación las capacidades de un grafólogo genial, con los conocimientos científicamente demostrados de la grafología. Muchos grafólogos han abusado de expresiones literarias, oscuras y de múltiples significados; pero hoy sabemos que no se puede asignar un significado constante a un mismo signo o síntoma grafológico y, por tanto, que no se puede hacer un diccionario en donde en una columna estén los síntomas y en la otra su interpretación, como por ejemplo: regularidad del escrito, igual a pedantería. Klages ha enseñado a estudiar el escrito como un *todo* complejo, creando el concepto del *nivel de forma* (Formniveau) que halla su expresión en la medida de la línea, del ritmo y de la distribución de lo escrito en el papel. En cada nivel de forma hay grados en los que tiene distinto significado el mismo síntoma aislado. Así, la regularidad del escrito, según el nivel de forma, puede significar: bien energía para resistir, firmeza, decisión, consecuencia y constancia, o bien, cortedad de ánimo, moderación, indiferencia o tedio. A su vez, la irregularidad del escrito puede significar pasión, impetuosidad, ánimo decidido e impulsividad, en el elevado nivel de forma, y por el contrario, indecisión, volubilidad, desorden, inconstancia y sugestibilidad, en el nivel de forma bajo. Este juego de relaciones de la grafología moderna es difícil de aprender, pero no tiene nada de arbitrario. Aparte de la intuición personal, como dote natural de gran importancia para el acierto, el análisis grafológico moderno va orientándose en un sentido científico como un método constructivo de la expresionología.

La limitación principal de la grafología estriba en que sólo alcanza a diagnosticar las *propiedades formales* del carácter, pero no las directivas concretas de éste. Por ejemplo, puede descubrir que la escritura pertenece a una persona emprendedora o que carece de iniciativas, pero, en el primer caso, no nos puede aclarar para qué clase de iniciativas (negocios, robos, construcción), tiene capacidad el sujeto,

SOBRE LA PERSONALIDAD

ni nos puede concretar si la «espontaneidad» señalada en aquél va dirigida a la actividad económica o al crimen. El análisis grafológico puede señalar el espíritu de empresa, la capacidad de adaptación, la destreza, la inconstancia e inmoralidad; pero no puede precisar si se trata de un estafador de gran estilo, ni si este espíritu de estafa actúa en la ciencia, en la política, en la literatura, o en otra actividad cualquiera donde hay estafadores también. Tampoco puede especificar si la «inseguridad» de un individuo se refiere a lo sexual, al uso de bebidas alcohólicas, o a la custodia de los bienes ajenos. Otro defecto grave de los grafólogos, aparte de estas limitaciones en sus revelaciones, es la ya mencionada imprecisión psicológica de sus calificaciones y diagnósticos, como, por ejemplo, dicen: «fundamentalmente con una disposición blanda»; o bien, «fuerte capacidad de concentración a pesar de la irritabilidad sentimental»; o este otro, «más energía impulsiva que de la voluntad». Por estas razones, ha intentado Bobertag en 1929, fijar el grado de seguridad científica de la grafología en su interesante trabajo «¿Se puede fiar en la grafología?»

Muchos grafólogos pretenden también determinar con precisión el sexo, la edad, el estado de salud, la estatura y hasta el color de los ojos y del pelo del sujeto que escribió el trozo estudiado; pero la gran autoridad de Klages afirma que éstas «no son cosas de los grafólogos científicos, sino de los «videntes». El campo verdadero de la grafología es exclusivamente el carácter humano, es decir, la peculiaridad psíquica y espiritual de la persona. Lo demás, la conducta del hombre y su suerte en la vida, son posibilidades que no están fuera del ambiente de la grafología, pero sí en sus límites o fronteras y deben dejarse para los «adivinos».

Respecto del sexo puede decirse, que la escritura masculina se distingue de la femenina por su más rico desarrollo sobre la línea, por la ligazón mayor de las palabras, por la más acentuada facilidad y rapidez, unida al tamaño reducido de las letras cortas, por las simplificaciones más adecuadas, y, por la más fuerte presión de la pluma. Ahora bien,

como hay un gran tanto por ciento de hombres con rasgos femeninos del carácter y de mujeres con rasgos viriles o masculinos, resulta que la escritura de estos sujetos son contrapuestas, es decir, afeminadas en los hombres y masculinizadas en la mujer. De aquí el error frecuente de este diagnóstico grafológico del sexo. Algo parecido sucede respecto de la edad, pues si bien la escritura del niño se distingue de la del adolescente y ésta de la del hombre maduro y del viejo, no debemos olvidar que hay hombres cuya edad del carácter se adelanta o atrasa con respecto a la edad corporal y entonces la escritura corresponde más con la edad del carácter, que con la edad real del cuerpo. Así se explican los errores que pueden resultar de esos diagnósticos de la edad y el sexo del sujeto.

Otra limitación final de la grafología, según Klages, es que no revela las inhibiciones de los impulsos, como el sexual, que están reprimidas durante siglos por la prohibición social (tabus, costumbres, moral), hasta llegar a la inhibición sistemática de su exteriorización. Esto da lugar a inhibiciones constitucionales de la expresión, las cuales pueden tener distinta intensidad para cada impulso. Un hombre puede reprimir más la exteriorización de sus deseos amorosos que la de su irritabilidad y originarse así una desproporción entre la vida y su exteriorización y si bien la escritura no oculta el impulso reprimido tanto como las demás formas de expresión, sin embargo resulta imposible con frecuencia señalar ésto. Nadie podrá reconocer—dice Klages—en un escrito inexpresivo de un sujeto lleno de represiones, que presenta como ejemplo, la ternura extraordinaria, el apasionamiento intenso pero retenido, y la sensibilidad de mimosa del que lo escribió.

¿Qué resulta, pues, de las posibilidades de la grafología, tan puestas de moda en estos últimos tiempos? El criterio científico moderno exige una limitación a las adquisiciones positivas de esta ciencia, sin envidia ninguna para las advinaciones de los videntes. La grafología es una parte de la expresionología y ésta un aspecto de la caracterología. La

SOBRE LA PERSONALIDAD

ciencia del carácter es, sin embargo, una porción nada despreciable de saber posible sobre la esencia del hombre, que cada día nos abre más perspectivas.

La consecuencia práctica que se deduce de la *expresionología* es que el hombre se esfuerza por ocultar su propia intimidad a la mirada escrutadora de los demás; se encierra en una máscara que cree impenetrable, se cubre de afeites, de vestidos y de prendas de adorno, pero todo es inútil. En sus gestos, en su mímica, en su escritura, en sus actos y hasta en sus mismos vestidos, es decir, en su máscara inquieta, denuncia sin querer a su persona profunda. Esta es la gran verdad que resulta de la ciencia de la expresión, que hemos tratado de aclarar someramente aquí para final de esta exposición de la biología de la personalidad.

II. SOCIOLOGIA DE LA PERSONA

EL *fundamento psíquico* elemental del carácter se deriva corporalmente, según dijimos, como elemento psíquico endógeno, que ya no puede reducirse más psicológicamente, esto es, que es psicológicamente irreducible y no derivable secundariamente de otro hecho psicológico primario. Sobre este fondo elemental primario se desarrolla la ulterior *superestructura* compleja *reactiva* del carácter, es decir, las formaciones caracterológicas secundarias, derivadas de las influencias del ambiente y de las experiencias personales de la vida. El fundamento psíquico, elemental o primario, enraigado en lo biológico-corporal, ya hemos dicho que estaba compuesto del sentimiento vital general, de las cualidades formales de la psicomotilidad, y de los impulsos y tendencias elementales. La escuela de Kretschmer ha intentado demostrar que hay un *paralelismo específico* o correlación entre la estructura psíquica y la somática, esto es, entre tipos de temperamento y personalidad y determinados tipos corporales. Dado lo complejo del problema, no parece comprobarse enteramente; lo que sí se confirma es cierto paralelismo entre la forma corporal y las

La superestructura psíquico-reactiva de la personalidad.

cualidades fundamentales del carácter (o sea el temperamento), porque ambas derivan de la constitución biológica y de la disposición.

La *superestructura psico-reactiva* de la personalidad se va formando y desarrollando por las influencias del medio desde la primera infancia. Lo primero que tenemos que preguntarnos es: ¿en qué medida son determinados y acuñados los diversos caracteres humanos y sus variedades por la convivencia con los otros hombres? o, más claramente, ¿en qué medida se explican y conciben *sociológicamente* los caracteres humanos?

Las principales *condiciones tipificadoras* del desarrollo caracterológico individual son: la *pertenencia a una clase social y económica*, que por ejem., hace diferente al niño proletario de la ciudad industrial, del niño proletario campesino y del burgués; la *influencia nacional o popular*; el *nivel cultural* a que pertenece el individuo: las *creencias religiosas* del ambiente familiar y social; la *educación y la escuela*; la *situación en la constelación familiar*; el *trabajo y la profesión*. Por último, más tarde en la vida, actúa la *soltería* o el *matrimonio* como *factores sociales tipificadores* del carácter, si bien estas situaciones dependen en gran parte del propio carácter. De igual modo intervienen las *situaciones sociales* prolongadas, como la falta de trabajo, necesidad, miseria, desgracia y las enfermedades corporales.

Las *enfermedades corporales*, por ejemplo, actúan: bien a través de las perturbaciones biológicas que originan en la infraestructura corporal de la personalidad, o bien por su acción psicógena que modifica la superestructura psico-reactiva (sentimiento de inferioridad y de vergüenza consecutivos a una tuberculosis o a una enfermedad crónica). Recíprocamente las enfermedades son muy influidas por el carácter, que origina reacciones hipocondriacas, hipersensibilidades, fijaciones histéricas de los síntomas orgánicos iniciales o, por el contrario, optimismos exagerados, autosugestivos o curativos como peculiares *configuraciones caracterógenas de la enfermedad*. En las enfermedades psíquicas, estas influencias

SOBRE LA PERSONALIDAD

caracterógenas son aun más evidentes, dando origen a tendencias delirantes, alucinatorias o a peculiares anomalías del movimiento (motilidad catatónica). En otros casos se producen verdaderas psicosis como desarrollos psíquicos caracterógenos, por ejemplo, el delirio de la paranoia, expresión auténtica de una personalidad anormal, esto es, verdadera *enfermedad de la personalidad*.

El problema actual más interesante de la personología y de la caracterología científica estriba en dilucidar la cuestión siguiente: ¿bajo qué condiciones las *influencias externas* (factores mesológicos), que actúan sobre el cuerpo y el espíritu, pueden variar la estructura fundamental corporal y anímica de un individuo, modificándole de tal modo que vaya semejándose a otros tipos de personalidad sanos o enfermos? La mayoría de los psiquiatras clínicos, como Kehrer, rechazan esta posibilidad, afirmando que el carácter está basado en disposiciones hereditarias que son incommovibles por las influencias externas dentro de ciertos límites.

El carácter y el ambiente.

Como se ve, se ventilan aquí nada menos que las posibilidades de la educación, de la reforma del carácter, y de la eficacia de la psicoterapia educativa. Frente a los partidarios de la herencia, como la más poderosa determinante del carácter y su posición pesimista respecto de los resultados de la educación, se levantan los entusiastas de una *mesología pedagógica*, como Busemann, que intentan demostrar las enormes influencias sobre el individuo del ambiente familiar y social, económico y cultural, singularmente de la llamada *constelación familiar* o sea la posición del sujeto respecto a sus hermanos y progenitores dentro del ambiente familiar, tan bien estudiada por la psicología individual de Adler. La posición ecléctica o conciliadora de ambas tendencias, es la más útil en esta contienda.

En el interesante libro de Hoffmann sobre el «Carácter y el ambiente», amplía este psiquiatra sus ideas anteriores sobre los fundamentos heredo-constitucionales del carácter, con un estudio sobre la formación externa o exógena del ca-

rácter, es decir, sobre las influencias del *ambiente* en la *configuración definitiva* de éste. Para Hoffmann el principal mecanismo ambiental que configura al carácter son las situaciones e influencias externas muy duraderas y prolongadas, las cuales actúan sólo sobre determinadas estructuras psíquicas y no sobre las otras, haciéndolas reaccionar; entonces, por la repetición de las experiencias y la consecutiva facilitación funcional de las reacciones se llega a producir una fijación duradera o por lo menos una disposición reactiva peculiar, especialmente cuando la predisposición y las estructuras de la personalidad en que se basan lo favorece, o cuando ha habido situaciones extraordinarias y fijadoras en los años de la juventud. Además, se añade a esto la tendencia del propio carácter a crear y desarrollar situaciones determinadas por sus propias inclinaciones o por sus antagonismos internos. Resulta así, que lo que parece a veces una reacción simple frente a las circunstancias externas es realmente la reacción de una parte de la personalidad en contra de la otra, puesto que una estructura parcial del carácter impulsa hacia un cierto medio ambiente y le da forma, mientras que la otra se opone a él o sufre en éste.

Los límites y posibilidades de la configuración exógena del carácter están basadas en última instancia en la herencia, que condiciona la tendencia hacia la elección y elaboración de ciertos ambientes y de un tipo de conducta, los cuales a su vez ejercen una acción recíproca sobre la personalidad. En efecto, el individuo con tendencias amorales busca el ambiente adecuado inmoral donde satisfacer sus deseos e impulsos y luego la vida depravada que lleva en dicho ambiente elegido va configurando su carácter por la aportación de nuevas experiencias de esa índole; igualmente el estudiante perezoso elige la compañía de los malos estudiantes y cada vez se hunde más en una vida de vagancia y de engaño. Dichas influencias recíprocas de la personalidad sobre el ambiente y de éste sobre la personalidad, son de ordinario olvidadas por los padres, quienes siempre atribuyen la perdición de sus hijos a las malas compañías. La

SOBRE LA PERSONALIDAD

nueva *caracterología de la relación*, que abarca la peculiaridad de la persona en relación recíproca con las múltiples y variadas situaciones posibles del ambiente, abre un importante campo de investigación para el estudio de las peculiaridades personales.

Al tratarse de estos problemas del ambiente y la personalidad, tenemos que tomar posición de nuevo frente a la valoración exagerada de los motivos exógenos o ambientales como determinantes exclusivos del carácter y de la personalidad, que defienden los psicoanalistas, prescindiendo en absoluto de las disposiciones hereditarias. Es preciso insistir una vez más sobre la importancia de los fundamentos heredo-constitucionales de éste, como determinantes de las tendencias reactivas de la persona. El propio Super-yo o yo ideal del psicoanálisis, que éste concibe, como producto exógeno del ejemplo paterno y de la educación, está en gran parte predeterminado fundamentalmente por las fuerzas hereditarias. Recordemos de nuevo que Gorongcy ha demostrado prácticamente dicha disposición normal estudiando una serie de muchachas de más de 20 años que hablan sido víctimas en la infancia de delitos contra la moral y que, sin embargo, a pesar del trauma sexual infantil no sufrieron una neurosis, ni influencia perniciosa alguna sobre su ulterior desarrollo psíquico, como las que se describen minuciosamente en la mayoría de las historias clínicas de enfermas neuróticas publicadas por los psicoanalistas. Esto demuestra evidentemente que el trauma sexual infantil no basta por sí sólo para producir la neurosis si la disposición hereditaria del sujeto no condiciona dichas reacciones neuróticas. Esta disposición es la que resume la escuela de Adler con la designación de *ánimo deficiente*, o incapacidad congénita para resistir a los efectos psicológicos de los traumas morales.

Las influencias ambientales, físicas y morales que actúan sobre el individuo pueden agruparse en tres categorías: a), la *naturaleza* que rodea al sujeto; b), la *cultura* en que se

Las influencias físicas y morales del ambiente.

desérvuelve e influye sobre él, y c), el *hombre* con quien habita y está en relación.

El *ambiente natural* constituye el objeto de estudio de la Geopsicología, ciencia que se ocupa de investigar los factores naturales que influyen sobre el individuo. Los más importantes son: el tiempo, el clima, el terreno y el paisaje, que se combinan a su vez entre sí. Estos agentes actúan *secundariamente* sobre el espíritu, como consecuencia de las modificaciones primarias que producen sobre el organismo, en la piel, en los órganos respiratorios y en los circulatorios. Daremos algunos ejemplos de estas acciones secundarias.

Se ha señalado una cierta relación entre la *delincuencia* y algunos meses del año (aumento de Marzo a Junio y disminución desde éste a Octubre), que quizá se explique complejamente por otros factores, como la temperatura, los trabajos del campo y la duración de la permanencia en el exterior. Los *suicidios* aumentan así mismo en los meses calurosos, que producen depresión de ánimo. La baja presión barométrica propia de los climas de altura produce excitación, mal humor e insomnio, al que viene de las llanuras. El paisaje influye igualmente sobre el espíritu; cada individuo reacciona peculiarmente a un tipo de paisaje. Unos prefieren las costas, otros los valles cerrados o las altas montañas, y algunos se sienten oprimidos y se entristecen si no están en grandes llanuras abiertas, como los rancheros de la pampa argentina o de las planicies norteamericanas. Esta relación duradera entre el hombre y el paisaje influye en la evolución psíquica individual y en la racial y determina nostalgias al cambiar de ambiente físico.

El ambiente natural influye poderosamente en la actitud del hombre respecto del mundo, es decir, en su concepción del mundo y de la vida. Las regiones ricas y productivas desarrollan un tipo más abundante de hombre satisfecho, bondadoso, económico y contemplativo, mientras que las regiones pobres y esteparias producen un hombre austero, heroico, rígido y seco. La moral y las costumbres son tam-

SOBRE LA PERSONALIDAD

bién en parte determinadas por estas condiciones naturales del ambiente (nomadismo, canibalismo, etc.).

El *ambiente cultural*, propio del hombre, influye considerablemente en la formación espiritual de éste. El arte, la ciencia, el derecho, la moral, la técnica, los factores económicos, la religión, la educación y la política, son elementos de la cultura que actúan constantemente sobre el hombre, pero a las que éste reacciona según su disposición congénita. Frente a la interpretación económica del materialismo histórico, como único determinante de la actitud del hombre, opone Simmel las influencias de la religión, de la ciencia y del arte, que pueden influir sobre la economía y sobre el espíritu del hombre. La *ciencia* ha hecho cambiar la concepción mundial del hombre europeo hasta del más iletrado, eliminando las creencias en posesiones demoníacas y en brujas, como causa de las enfermedades nerviosas, y creando el positivismo y el evolucionismo. La *técnica* ha cambiado poderosamente nuestras condiciones de vida y hecho posible las grandes emigraciones, los viajes fáciles, la uniformación indumentaria del hombre, la generalización de los medios de cultura como el cine, periódicos, radio, literatura y las guerras devastadoras que a veces mejoran las regiones atrasadas al ser reconstruidas. La *religión* ha motivado guerras sangrientas, luchas nacionales y también creencias mágicas y neurosis colectivas. La *economía* es el factor más complejo y actuante sobre la actitud del hombre frente al hombre, produciendo las reacciones del resentimiento, de la sumisión gregaria, de la revuelta y del dominio. La miseria facilita como es sabido la prostitución, el robo, el alcoholismo. También son evidentes las influencias de la *profesión* y el *trabajo* en el desarrollo intelectual y moral. Por último, *la vida en la ciudad* o en el *campo*, con sus diferentes estímulos y peligros, originan hombres de reactividad espiritual distinta. Se ha dicho con razón, que el aldeano sabe mucho más de lo que dice, y en cambio, el ciudadano dice mucho más de lo que sabe. El aldeano está a su vez más apegado a la tradición que el hombre de la ciudad, acostumbrado a

derribar viejos prejuicios. La difusión universal de la cultura propia de nuestros días por las influencias mencionadas del cine y la radio, acabarán con muchas de estas diferencias, uniformando cada vez más al hombre, como se nota ya en la *americanización* consecutiva a la guerra mundial, a la cual seguirá seguramente una *rusificación* en años venideros.

En los centros mineros e industriales se produce, según Kantz, una preocupación única por los tesoros subterráneos, o un nuevo ritmo de la vida industrial en los distintos hombres, venidos de diferentes medios, hasta que se llega a formar la nueva conciencia social uniforme, distinta de la primitiva de los ambientes originarios, con los cuales rompen definitivamente estos hombres.

Cada variación económico-cultural o social determina acciones psicológicas y actividades psico-reactivas, desde la desilusión y el resentimiento del caído, hasta el descarado entrometimiento y deseo de valoración del advenedizo y enriquecido, del nuevo rico, o del ungido de poder político.

El *ambiente humano* es quizá el que produce influencias más hondas e individuales, que se inician ya desde la primera infancia. La *familia* es motivo de actividades y reacciones múltiples por la acción del ejemplo paterno, de la conducta de los mayores, de las relaciones entre los hermanos y de la situación del niño en la constelación familiar (hijo único, primogénito, benjamín, etc.). Se originan así complejos diversos, como el de Edipo, en relación con los padres, el de inferioridad respecto de la propia corporeidad, los celos y envidias entre hermanos y otros.

La falta de estabilidad personal en la familia engendra así mismo en los niños enormes complejos reprimidos que determinan actitudes anormales; tal sucede con la paternidad ignorada o espúrea, la muerte precoz de uno de los padres o de ambos, los padrastros y madrastras. La desarmonía entre los padres es motivo de neurosis reactivas infantiles y a veces del suicidio infantil, como igualmente la brutalidad alcohólica del padre. El comportamiento del niño frente a los factores familiares varía también en rela-

SOBRE LA PERSONALIDAD

ción con la actitud de la familia respecto del niño; el excesivo interés y atención (mimo) de la familia sobre el niño produce en éste una sobreestimación que puede ser tan funesta para él como el exagerado abandono o el desplazamiento del niño hacia la periferia del interés familiar. El desorden del hogar por incompetencia o debilidad mental de los padres o por su vida anormal, así como la falta de continuidad en la acción educativa, origina conflictos infantiles con reacciones aparentemente incomprensibles, que se modifican rápidamente al pasar el niño a la escuela o al hogar de sus tios o abuelos, o cuando sus hermanos mayores toman el papel de la madre ausente o perturbada. También intervienen sobre el niño las influencias de la *escuela*, en la cual se producen las reacciones sociales de adaptación y cooperación, o de aislamiento respecto del ambiente. Más tarde en la vida, el *matrimonio* origina una nueva problemática individual, no sólo en relación con la pareja, sino también con otros factores sociales y económicos, como son la familia del cónyuge (suegra, cuñados, etc.), las herencias, las creencias políticas y religiosas, la educación y nivel cultural de ambos cónyuges y sus familias. No se acaban aquí las influencias ambientales humanas, pues aún hay otras muchas importantes, como son: las *amistades*, a veces de influencia decisiva sobre la orientación espiritual del individuo; la *vida amorosa*, tranquila o accidentada; y las enfermedades que motivan largas permanencias en *hospitales* y *sanatorios*, que originan conflictos entre enfermos, por motivos eróticos o por razones médicas, y situaciones de espíritu respecto a la enfermedad, sobre todo, si ésta es incurable o de difícil curación o si deja secuelas vergonzosas, como las cicatrices de la viruela, o las deformaciones corporales y las parálisis.

El individuo puesto ante las exigencias de la vida social responde según su constitución y sus tendencias, *adaptándose* e integrándose socialmente, o *resistiéndose* y luchando, es decir, comportándose antisocialmente y adaptándose mal.

Formas de adaptación normal y anormal a la vida y al medio.

La sociedad a su vez recompensa y estimula las conductas útiles y sociales, en tanto que fuerza a las insociales a integrarse dentro del orden constituido y en caso de no conseguirlo impide toda perturbación mediante la reclusión en prisiones o manicomios del individuo, que rompe el equilibrio entre él y la sociedad.

Las personas mentalmente equilibradas y eficientes procuran resolver sus problemas de una manera franca y abierta. Así llegan a vencer las situaciones embarazosas y se adaptan habilmente a la vida. Primero, intentan comprender los hechos y circunstancias de la vida; después se enfrentan con ellos de una manera recta, sean o no desagradables. Este es el modo normal de resolver las dificultades en la vida y vencer los obstáculos, controlando siempre las reacciones emocionales y procurando dejar liquidados los inconvenientes, en vez de esquivarlos o de evadirse. La actitud del hombre normal es siempre objetiva o lógica ante los problemas, procurando dominar los impulsos y estados subjetivos, los prejuicios, los caprichos, las timideces y los egoismos. Así intenta responder razonablemente a las exigencias sociales de la comunidad poniéndolas en connivencia con las convicciones personales. Si en algún momento el normal se hace subjetivo, es para conseguir comprenderse a sí mismo y corregir de este modo las propias deficiencias. Se alcanza así lo que en el lenguaje corriente se llama «discreción» o «tacto social», y una perfecta adaptación al medio.

En cambio, la persona mal adaptada o ineficaz en vez de enfrentarse abiertamente con los problemas y vicisitudes de la vida, recurre a diversas clases de estratagemas y subterfugios, para ocultar o velar sus fracasos, sus deficiencias o sus deseos insatisfechos, o para tergiversar la realidad y evadirse de ella hacia un mundo ilusorio o un nirvana. Así huyen de sus responsabilidades buscando una seguridad falsa o una gratificación anormal de los deseos insatisfechos. Al exagerarse muchos de estos mecanismos de defensa o de huida de la realidad pueden convertirse en manifestaciones

de la neurosis o del fracaso de la integridad mental. A veces permiten al individuo «salir adelante» o «ir tirando», durante cierto tiempo, como se dice entre nosotros, pero más o menos tarde conducen al fracaso social del individuo o a la enfermedad. Como dijo el famoso Barnum, el creador de los grandes circos americanos ambulantes: «Se puede engañar a algunas personas todo el tiempo, o se puede engañar a todo el mundo durante algún tiempo, pero lo que no se puede es, engañar a todo el mundo todo el tiempo.»

Los motivos numerosos que producen dificultades al individuo y que causan *conflictos* pueden ser de dos órdenes: a), *internos* que se engendran en el yo o proceden de defectos personales y limitaciones reales o imaginarias, físicas o mentales, estas últimas sentidas como antagonismos internos del carácter (factores endógenos), que conducen al *sentimiento* o *complejo de inferioridad*; y b), *externos* que proceden de obstáculos externos físicos o sociales o en el ambiente.

En los niños, los llamados *conflictos infantiles* son generalmente consecuencia de la lucha entre dos deseos o ambiciones opuestas que aspiran a la decisión, como por ejemplo, entre un impulso primitivo y un valor ético superior, o son resultado de un deseo que el ambiente impide satisfacer. Los niños más expuestos a conflictos son los más delicados, serios, con tendencia a reprimirse y dominar sus reacciones; es decir, con carácter sensitivo, y los menos expuestos son los corporalmente fuertes, llenos de espontaneidad e iniciativa, que olvidan pronto sus experiencias desagradables. El niño muestra su propia afirmación en el *capricho* y *terquedad*, en las situaciones que ponen en peligro su estimación propia. La *emulación* es igualmente una fuente inagotable de conflictos infantiles. Otro de los motivos de conflictos, es la *lucha por la preeminencia*, en la que intenta que sus intereses y capacidades reciban la debida consideración. Estos últimos son *conflictos externos o sociales*.

Los *conflictos internos*, engendrados dentro del yo, por la lucha entre dos tendencias o impulsos de distinto valor

ético, como por ejemplo, entre el deseo de hablar y la prohibición escolar, o entre el amor hacia el padre y la repulsa hacia la madrastra, e incluso entre valores de la misma categoría, como la necesidad de expresar a la madre su cariño y la vergüenza de las críticas ajenas que le cohibe, lo que da lugar a una actitud de rudeza o de indiferencia no sentida; con ello, vemos triunfar la tendencia primitiva hacia la autodefensa.

Aun son más intensos los conflictos del adolescente, en la esfera de su responsabilidad, entre sus deseos y fantasías y el dominio de *sí-mismo*. El desarrollo del *sí-mismo* es en realidad la base de los conflictos infantiles y del adolescente. La liquidación de los conflictos infantiles depende en gran parte de la peculiaridad del carácter del niño y de la situación en la constelación familiar.

Los conflictos del adulto pueden engendrar falsas actitudes y adaptaciones defectuosas. Pueden ser infinitos los *mecanismos de adaptación defectuosa* a la realidad del adulto. Los dos fundamentales son: la *compensación* de los complejos de inferioridad y la *represión* de los conflictos mentales.

El mecanismo de la *compensación* o de *sobrecompensación* es muy frecuente en los descontentos de sus propios defectos. El individuo de poca estatura que usa tacones altos, va erguido como un pavo real y toma una actitud de mando impresionante, intenta sobrecompensar así su inferioridad física. El joven estudiante de medicina que por sufrir una tuberculosis acaba por hacerse un gran especialista de enfermedades del pecho ha compensado así su sentimiento de inferioridad por la enfermedad. El hijo defectuoso y menos apreciado de una familia que por su esfuerzo personal llega a ser el más eminente de ella, ha intentado *sobrecompensar* de este modo su defecto. En la biografía de Lord Byron y en la del conde de Romanones, vemos claras manifestaciones de este esfuerzo de sobrecompensación de la cojera. El gran poeta inglés llegó a odiar de joven a todas las mujeres por el resentimiento contra su madre que se burlaba con

frecuencia de su defecto físico y todo su cariño lo concentró en una hermana, de la que llegó a enamorarse.

El individuo tímido que escribe violentas diatribas para aparecer como valeroso y agresivo, está realizando una sobrecompensación de su propia inferioridad del ánimo. Igualmente, el padre fracasado en la vida que exige del hijo esfuerzos supremos para que alcance la notoriedad que él no consiguió, compensa de esta forma su ambición fracasada. El libertino de la juventud que acaba por hacerse un fanático de la moralidad y pretende reformar a los demás, intenta también, sin saberlo, compensar sus reprimimientos morales.

La *reacción compensatoria* consiste, pues, por lo general, en el desarrollo de características antagónicas a las que se desea ocultar. Otras veces se dirige ésta hacia los demás, queriendo encontrar en ellos otros defectos. En el antiguo Colegio Nacional de Sordomudos de Madrid, donde se les hacía convivir a estos con los ciegos, se producían frecuentes discusiones sobre quiénes eran los más desgraciados.

Cuando un individuo se burla cruelmente de los defectos físicos ajenos, satisface así y compensa su resentimiento por los suyos propios. En el fondo de nuestra *risa* por las ridiculeces ajenas no hay más que un deseo de despreciar a los demás para compensar de esta manera el propio sentimiento de inferioridad. ¿Por qué se ríe el niño y el hombre inculto del que se cae al suelo al resbalarse o del petrimetre presumido al que un coche salpica de barro? Por la satisfacción de ver rebajadas a las víctimas del accidente que considera superiores o con ventaja. La gracia del payaso estriba sólo en sus continuos fracasos y en el drama intenso del hombre que se humilla, por el yantar, a ser el objeto de nuestras burlas y de nuestras compensaciones. El espectador descontento de sí mismo, el desesperado, el resentido, satisfacen cultamente en el teatro o en el circo su sed reprimida de venganza o de compensación, presenciando las desgracias y fracasos de los personajes del drama o de la comedia y las desdichas del payaso. La psicología de *lo*

cómico nos muestra, en efecto, que en su profundidad se mueve en nosotros un deseo oculto o inconsciente de compensar nuestros sentimientos de impotencia, elevándonos sobre los demás al verlos en ridículo. Klages, en su «Caracterología» expresa esta idea diciendo: «todos los móviles que tiendan a perturbar, a disminuir o a impedir la felicidad o el bienestar de otro son: ya formas intelectualizadas de la envidia, tales como la burla, el sarcasmo, la crítica; ya consecuencias de la envidia, tales como el placer inspirado en el mal de los demás, la malignidad, la perfidia.....»

Es frecuente también que las críticas violentas de ciertos defectos morales ajenos, no sean en algunas personas más que mecanismos compensatorios inconscientes para ocultar los propios. La persona que se horroriza o escandaliza excesivamente ante la desnudez, compensa así, por lo general, sus pensamientos impuros. Por eso dice la Biblia, muy sabiamente, que «para el puro, todas las cosas son puras». Y en verdad, el maligno, ve maldad en todo.

Los mecanismos compensatorios se hacen también muy evidentes en la política. Muchos ambiciosos fracasados en la vida, compensan el veneno de su resentimiento lanzándose a los radicalismos políticos más extremos. La ambición revolucionaria tiene muchas veces por base en algunos individuos los malos tratos sufridos en la infancia de parte de un patrono cruel; toda la vida es entonces dirigida por el resentimiento y el afán de venganza. El odio de Schopenhauer hacia las mujeres, derivaba de su resentimiento contra la mala conducta de su madre, la cual le despidió de casa por sus acerbas críticas a aquella conducta. Así, el rencor contenido es el móvil principal de muchas vidas.

Otra forma de compensación del sentimiento de los propios defectos es el *ensueño*, lo que llamamos en español hacer «castillos en el aire». La fantasía compensa entonces el propio fracaso, haciendo creer al individuo en su exaltación. El mal estudiante rezagado cuenta a sus padres y amistades, que ha aprobado dos cursos en uno y casi llega a

SOBRE LA PERSONALIDAD

creerselo él mismo. El ambicioso que no ha podido llegar a ser bachiller, se hace pasar por ingeniero o arquitecto. En el fondo de esta conducta ilusoria laten: el afán de valorarse, la necesidad de hacerse amable, de atraer el afecto de los demás y la irreflexión, según ha demostrado el estudio de Lutz (1) sobre los pseudólogos fantásticos.

Esta pseudología fantástica o mitomanía, es frecuente en las familias de psicópatas. Recordamos el caso de un muchacho visto por nosotros, de imaginación exaltada y descontento de sí mismo por no haber terminado el bachillerato a los veinte años a causa de su tuberculosis; recientemente al ingresar en un sanatorio para curarse de un pequeño accidente traumático, se hizo pasar por médico. Su fantasía desbordada convenció a otro enfermo de su habilidad operatoria, hasta el punto que éste pidió al Director del Sanatorio que le operase nuestro sujeto. También esos grandes estafadores internacionales que llevan una vida de príncipes y cometen sus robos en los grandes hoteles y ciudades de placer, pertenecen por lo común a este género de inadaptados ambiciosos y fantásticos que huyen del trabajo persistente.

Muchos son también los mecanismos de inadaptación consecutivos a la *represión*. Una de las formas más típicas de la represión es la *huida de la realidad* o del ambiente social. El sujeto se mete en sí mismo e ignora a los demás y al ambiente. Esta evasión de la realidad lo observamos en algunas neurosis reactivas, como en el estupor carcelario, observado en algunos individuos al ser llevados a una prisión. Al poco de su ingreso caen en un estado de indiferencia, estupidez y desorientación aparente, del que no salen en meses, hasta que se les pone en libertad. También huye de la vida y reprime el fracaso de sus deseos la muchacha enamorada desde la juventud, que poco antes de casarse, pierde al amado y entra después en un convento.

(1) Lutz: Ueber einen Fall von Pseudologia phantastica und seine Heredität (Arch. Klaus-Stift., 1929).

Sin embargo, los deseos reprimidos por la conciencia pueden manifestarse en otras formas disimuladas y enmascaradas para eludir la vigilancia del Super-yo o del yo ideal, es decir, de la *censura* del propio individuo. Uno de los mecanismos disimulados de la represión es la *proyección* de las propias faltas o defectos sobre los demás. Fué La Rochefoucauld quien dijo, que: «No seríamos tan felices señalando los defectos de los demás, si no los poseyéramos nosotros mismos.» También se exteriorizan las represiones de los deseos insatisfechos mediante la *identificación* con personajes ideales. El discípulo que se identifica con el maestro admirado y le imita inconscientemente, creyendo llegar pronto a igualarle o superarle, busca así el engrandecimiento de su yo a la sombra del prestigio ajeno. Normalmente nos identificamos con el héroe de una novela o con el de un drama para sufrir en sus desdichas y gozar con sus triunfos. La prostituta que fué seducida y abandonada, se entusiasma en el cine ante el castigo del seductor, influida por la identificación con la víctima. La identificación puede ser, pues, de goce en el triunfo o de reivindicación en el fracaso.

Otra forma de manifestarse la represión es el *desplazamiento*. El individuo que ha tenido una discusión con su mujer y luego protesta de cualquier nimiedad en el tranvía o golpea un perro que se le interpone en el camino, o riñe severamente a sus subordinados en la oficina, desplaza entonces sobre los demás la ira contenida contra su mujer. Cuando Mr. Bergeret, el delicioso profesor del Liceo francés que creó el genio inmortal de Anatole France, como síntesis representativa del espíritu ecuaníme y comprensivo de la burguesía francesa, sorprende un día a su mujer en fragante delito de adulterio con su mejor discípulo, se queda un rato perplejo mientras en su espíritu se suceden innumerables impulsos de venganza. Al fin sale de la habitación y al enfrentarse en la contigua con el maniquí de mimbre de su mujer, lo tira por el balcón. La represión de los impulsos criminales del marido ultrajado se exterioriza entonces proyectada sobre el maniquí, como *símbolo* de su mujer.

SOBRE LA PERSONALIDAD

Ya dijimos antes que un símbolo es un objeto que reemplaza a otro.

Los seres muy tímidos reprimen sus conflictos mediante el mecanismo de la *regresión* a la vida infantil. Ruskin, el famoso crítico de arte Inglés, protegido excesivamente por su dominante y cuidadosa madre, no supo ser independiente en su vida, ni siquiera para casarse. A los seis años de matrimonio se divorciaba de él la mujer que había sido elegida por la madre. A los cuarenta años se quejaba Ruskin de la «soledad insufrible de su vida». Este tipo de tragedia es frecuente en los hijos únicos y en los supeditados exclusivamente a sus padres y a toda la familia.

Los individuos sin valor para la vida eluden también las dificultades de ésta por otros mecanismos represivos, como el *aplazamiento indefinido* de las decisiones, o también tomándolo todo *en broma*. El primer mecanismo es lo que llaman *procastinación* los autores americanos. Hay personas que todo lo aplazan para otro momento y esperan hasta el último minuto para escribir, hacer los pagos, o cumplir las promesas. Esta forma de inadaptación a la vida es muy común en nuestro país, donde el «mañana» tiene más valor que el «hoy», pero no por falta de valor para la vida, sino por falta de *ganas*. Cuando se acude a una oficina pública para aclarar alguna duda, casi siempre nos encontramos con un burócrata resentido y perezoso que lejos de darnos facilidades y consejos nos anonada con la batería de sus dificultades dilatorias.

Más curiosas son aún las personalidades sin energía, y sin voluntad que se defienden de las obligaciones de la vida por el mecanismo de la *perpetua chacota*. Esos «hombres a la defensiva», como los ha denominado Ortega y Gasset, resuelven todas las dificultades de la vida envolviéndolas en chistes y tratando todo como una bagatela. Esta actitud de perpetua broma puede ser útil para resistir las dificultades y llevarlas a feliz término con un sentido optimista, pero cuando es la manera de encubrir la propia ineficacia, la falta de constancia, o la falta de valor para la

vida, se convierte en una verdadera forma de inadaptación.

Distintamente, el hombre de mala conducta, o el político que abusa de su situación, favoreciendo excesivamente a los suyos y cometiendo toda clase de injusticias y nepotismos, se defiende ante los demás mediante otro mecanismo represivo, el de la *racionalización*. Unas veces es la «razón de Estado», otra los «intereses del partido», otra el «bienestar de la nación» las que cargan con las culpas de las inmoralidades del político venal o del de presa. Y lo mismo hace el comerciante desaprensivo, o el médico explotador, o el sacerdote impuro. La racionalización no es más que la forma de encontrar una justificación lógica o ética a los propios deseos o ambiciones. El paranoico que atribuye sus fracasos en la vida a la mala voluntad de los demás y que se cree perseguido y vejado en todas partes, racionaliza así su fracaso social, que es sólo hijo de su inadaptada personalidad.

De esta u otra suerte, en la gran comedia de la vida, cada individuo propende a conseguir sus deseos y a encubrir sus faltas por alguno de estos mecanismos de falsa adaptación. El fantástico, el arrivista, el maldiciente, el perseguido, el pedante, el humorista, el cínico, el chistoso, el condotiero, el tirano, el taimado y el arbitrista, cada uno utiliza los recursos que más cuadran a su estructura caracterológica para conseguir sus fines bastardos o para encubrir su pereza y abandono.

Cuando estos mecanismos se acentúan mucho, constituyen actitudes falsas en la vida y engendran *neurosis*, por las cuales se defiende el individuo contra las amenazas del ambiente. El político que presenta una parálisis histérica que le impide salir de la cama al día siguiente de recibir un anónimo amenazador para su vida, se defiende y oculta de los enemigos encubriendo a la vez ante la sociedad su pánico. La mujer que al enterarse de la infidelidad del marido presenta intensas crisis convulsivas y una mudez histérica, obliga de este modo al conyuge a ocuparse de ella, a llevarla al médico y le castiga así indirectamente por su infidelidad. La muchacha que presenta graves trastornos

SOBRE LA PERSONALIDAD

nerviosos cada vez que sus padres fijan la fecha de su matrimonio, aplaza así una boda impuesta y protesta a la vez de que se le contrárien sus amores con otro pretendiente preferido. El niño que se suicida para castigar a un padre alcohólico, rígido y violento, que hace odiosa la vida del hogar y que maltrata a la madre, realiza en esta forma su posible venganza. Algo semejante pasa a la muchacha que desarrolla una fobia contra el teatro porque su novio le abandonó por una actriz, y también la esposa que en un acceso de furor celoso rompe la máquina de escribir de la oficina del marido al sorprender la infidelidad de éste con la mecanógrafa; ambas compensan así de su impotencia para castigar al ofensor.

La neurosis, es pues, la *silueta de una personalidad* sobre el fondo de su herencia. Cada psicópata reacciona a los conflictos psíquicos con un tipo de neurosis en gran parte, según su temperamento y rasgos hereditarios del carácter. Así pues, frente a un mismo conflicto cada individuo presenta una forma distinta de reacción anormal. Esta *elección de los síntomas*, como la llaman los psicoanalistas, depende principalmente del tipo de personalidad, según hemos repetido, y también de las experiencias previas de la vida; el conflicto externo desencadenante sólo influye sobre la configuración patoplástica o formal, es decir, sobre el cuadro complejo de los síntomas psiconeuróticos.

Esas personalidades difíciles de relacionarse con ellas, incomprensibles, que reaccionan siempre de una manera inesperada a los estímulos banales de la vida y que Goethe llamó *naturalezas problemáticas*, en su ensayo autobiográfico «Poesía y realidad», se creen a su vez incomprensidas, mal valoradas y mal estimadas por los demás y por ello viven en continuo desacuerdo con el medio familiar y social. Son psicópatas mal adaptados, es decir, formas extremas de la inmensa escala espectral de tipos de personalidad humana que lindan fronterizamente con la enfermedad mental sin ser verdaderos enfermos psíquicos.

Como seres armoniosos y adaptados, señalaba Goethe

en contraposición a éstos, a las *naturalezas comunicativas*, de carácter armonizador y enemigo de lo extremo, como era él en realidad.

Tipos de personalidad.

Son innumerables los intentos hechos para llegar a una clasificación unitaria de los *tipos de personalidad*. Unos sistemas están basados en conceptos puramente psicológicos, como el sentimiento, la voluntad y la comprensión. Otros como el de Spranger, van dirigidos en un sentido psicológico-cultural y se basan en las direcciones de los valores de la vida psíquica, como el religioso, el económico, el estético y otros. Los hay también que se fundan en determinados caracteres psicológicos dominantes, como la conducta o los hábitos psíquicos. Alguno se fundamenta en la estructura biopsíquica del carácter, como las tipologías biológico-constitucionales de Berman, basadas en la endocrinología. Las clasificaciones que parten de las formas personales de reacción a las vivencias, como la de Kretschmer, sólo toman en consideración las propiedades formales del carácter, como por ejemplo, la impresionabilidad, la actividad voluntaria, la represión de las vivencias, y casi prescinden de las direcciones especiales de las tendencias, del contenido de las reacciones.

Si queremos adoptar un criterio médico-psicológico puro, tendremos que partir, siguiendo a Birnbaum, de los *componentes fundamentales y elementales del carácter*, es decir, del ánimo fundamental, de la psicomotilidad y de las direcciones y tendencias de los impulsos. Pero todavía no hay una tipología de este género bien conseguida.

Las clasificaciones *puramente psicológicas* son las más difundidas, a pesar de los defectos señalados. Resumiremos algunas de las más conocidas.

Dilthey partiendo del estudio de las personalidades histórico-culturales, ha creado una nueva vía metódica al racionalismo filosófico para la concepción de los tipos humanos. Se basa en la comprensión de la personalidad y de su estructura psíquica como resultado de las relaciones entre

las vivencias y actos de la personalidad con el yo. Llegó así a la división de los hombres con arreglo a sus «concepciones del mundo», en tres tipos fundamentales de personalidad: 1.º, los hombres *sensoriales* o de la vida impulsiva; 2.º, los hombres *heroicos* o de la voluntad; y 3.º, los hombres *contemplativos* o del sentimiento.

Años después Spranger continuó la orientación de este sistema y basó su clasificación en el principio del rasgo dominante del carácter individual en relación con los valores del medio cultural, prescindiendo en cambio de los elementos caracterológicos psicofísicos y biológicos. Así llegó a diferenciar seis *formas de vida* (sus «Lebensformen») o tipos de personalidad. No son fotografías de la vida real, sino tipos ideales que pueden servir como esquemas de la realidad histórica y social. Sus seis tipos de personalidad o de formas de la vida son: el hombre teórico, el económico, el estético, el social, el dominador y el religioso. Veamos cuáles son las características propias de cada uno. El hombre *teórico* es el que solo se preocupa de averiguar las leyes generales de la naturaleza y las relaciones funcionales para encontrar la verdad absoluta. El hombre *económico* todo lo considera a través del prisma de la utilidad, y del aumento del valor comercial o plus-valía. El *estético* se inclina siempre hacia la pompa externa de las cosas, hacia la retórica y hacia lo decorativo, sin interesarse por los valores profundos. El *hombre social* vive exclusivamente para los demás, prodigando su amor y su ayuda a todos, como única verdad en la vida. El hombre *dominador* o de presa, por el contrario, utiliza todo para sus fines de predominio; el arte, los descubrimientos científicos y su conocimiento de los hombres, todo lo pone al servicio de su ambición de poder. Por último, el hombre *religioso* aspira únicamente a la paz interior, buscándola en el ser supremo, con la esperanza de la liberación definitiva.

En la realidad de la vida estos tipos esquemáticos rara vez se encuentran puros, y lo común es que encontremos formas mixtas, como la del hombre económico-dominador o

la del teórico-religioso, o la del estético-social y aun formas de la vida más complejas, en las que es difícil señalar un predominio de una, entre tres características.

También Jaspers, ha creado una caracterología basada en la concepción del mundo o idea filosófica del mundo de los distintos hombres y los divide en tres tipos: *a)*, *nihilistas*, preocupados siempre con la busca de la verdad; *b)*, *hombres de recetas* o dogmas, satisfechos con un sistema o ley fija, ya sea objetiva (autoritarismo) o ya subjetiva (liberalismo); y *c)*, *tipos espirituales vivos*, que se entregan por completo a la vida; éstos se subdividen en: realistas, románticos y santos.

La tipología caracterológica de Klages se funda, en cambio, en la psicología de la expresión. Concibe la *personalidad* como una estructura con tres dimensiones: la *materia* o cantidad psíquica (los dotes o aptitudes personales o mentalidad); la *estructura*, armazón o proporción de las propiedades funcionales (temperamento); y la *naturaleza* del carácter o el tipo de dirección en la conducta, es decir, los móviles o intereses (carácter). Con estos elementos ha construido algunas fórmulas sistemáticas del carácter; luego les ha imitado y ampliado Ewald en su caracterología de base estructural biológica, donde se llega a una expresión algebraica de los distintos tipos y subtipos del carácter.

Especial mención merece la clasificación de Jung, basada en datos empíricos. Divide a los hombres en dos tipos opuestos de personalidad: los *extravertidos*, que proyectan su atención y su vida hacia fuera, es decir, hacia lo objetivo y externo; y los *intravertidos*, que enfocan su espíritu hacia dentro de su propio ser o yo subjetivo, prefiriendo las leyes internas del yo, al objeto y mundo exterior. De cada uno de estos dos grupos fundamentales admite cuatro tipos, en relación con las funciones psíquicas fundamentales, a saber: el pensar, el sentir, el percibir y el intuir. Así, por ejemplo, el tipo *pensante* puede tener una variedad extravertida: el hombre empírico, y otra introvertida: el hombre especulativo lógico-matemático. Y lo mismo sucede con los demás tipos de funciones psíquicas fundamentales.

SOBRE LA PERSONALIDAD

Muchas de estas tipologías, aunque con distintos nombres, vienen a coincidir en sus tipos esenciales.

La caracterología de Habermas está construida basándose en un sistema estructural más amplio que el biológico de Kronfeld; según su sistema el individuo es un todo orgánico en cada momento de su existencia, y esta totalidad estructural de cualidades está en constante desarrollo; pero hay una *constancia* relativa, dentro de los límites de esa variabilidad del desarrollo. Denomina *posición en la vida* a la relación del individuo con la realidad o conducta real en dirección de los intereses individuales, y *actitud ante la vida* a la conciencia de las normas o principios de la conducta que deben seguirse, es decir, la doctrina moral. La persona puede ser juzgada según estos dos puntos de vista. La forma de conducirse o comportarse (posición en la vida) constituye para él un lado importante del carácter, pues según su cualidad, se orienta subjetivamente hacia el lado de la *propia afirmación* o hacia la *propia variación* dentro de la unidad social, esto es, hacia la *subjetividad* o hacia la *solidaridad*. La actitud ante la vida es la censura, la revisión, el juicio sobre la concepción de la vida. La «psicología individual» de Adler en su último desarrollo sigue estas directivas.

Muchos psicólogos puros en sus clasificaciones de los tipos de personalidad, están influidos por la concepción *teleológica o de la finalidad*, cosa que evitan los psiquiatras, excepto la escuela individual-psicológica de Adler.

Stern considera a la personalidad como un todo psicofísico con un sentido finalista o volitivo de la personalidad, que está influido por los estratos inferiores de lo corporal, los impulsos y el temperamento. El carácter regularía el juego entre personalidad y mundo ambiente. La valoración de la personalidad desde fuera se hace sobre la base de sus tendencias, y la apreciación del carácter en el sentido de lo bueno o lo malo se hace exclusivamente en relación con los fines de la comunidad, que, como los conceptos morales, ya sabemos pueden variar histórica y socialmente. Cada persona tiene su *autotelia* o sistema de intereses propios dirigido

a la propia personalidad, en el que se contiene el fin de la propia conservación y desarrollo. La *autotelia* precisa integrarse a la *heterotelia* o sistema de los fines ajenos, lo que se consigue poco a poco por intermedio de la introcepción, hasta llegar al estado de *ortotelia*, que es la situación ideal en la actividad productiva, pues convierte en propios los fines ajenos, introduciéndose la *autotelia* en el terreno de la *heterotelia*. Esta *ortotelia* se alcanza en la madurez de la vida, cuando la persona adquiere conciencia de su yo y consigue el equilibrio entre su yo y el medio ambiente, la llamada «adaptación» o «convivencia». Las personalidades *concordantes* lo consiguen fácilmente porque su estructura (lo corporal, impulsos y temperamento), está bien adecuada o equilibrada, pero no así las personalidades *discordantes*. En las *personalidades psicopáticas* o extremas de la serie de tipos de normalidad, lindantes ya con lo patológico, esta ortotelia no se consigue casi nunca, o sólo después de pasar la madurez. Lo característico de estas personalidades psicopáticas es la desarmonía cuantitativa de las cualidades entre sí y con el todo de la personalidad. El psicópata no consigue encauzarse en el camino directo de la ortotelia, es decir, del encaje de sus intereses en los de la comunidad. Ninguna personalidad concordante puede ser psicopática, pero en cambio no todas las personalidades discordantes precisan ser psicopáticas, pues hay estados discordantes que entran dentro de los márgenes de lo normal y además hay muchas personalidades discordantes que se desenvuelven bien en la vida y consigo mismo, por esforzarse en conseguir una adaptación u ortotelia.

Los tipos anormales o de personalidad psicopática son múltiples, según se les estudie desde el lado de los impulsos, del temperamento y del carácter. De acuerdo con esto no sólo hay «caracteres psicopáticos» o «personalidades psicopáticas del carácter», sino también «psicópatas de los impulsos» y «psicópatas del temperamento», según cual sea la capa de la personalidad más defectuosa en ellos. De aquí, las múltiples combinaciones disarmónicas posibles,

SOBRE LA PERSONALIDAD

según estén en exceso o en defecto cuantitativo una de las capas de la personalidad. Sólo hay tránsitos imperceptibles de grado entre el normal y el psicópata que no es un enfermo, sino un estigmatizado constitucional.

Kahn, ha diferenciado una larga serie de tipos psicopáticos siguiendo este sistema triple de enfoque, mientras que K. Schneider los ha limitado a diez subtipos basándose en un criterio empírico más sencillo. Estos son: los hipertímicos o hipomaníacos, los depresivos, los inseguros de sí mismos, los fanáticos, los deseosos de hacerse valer, los lábiles del ánimo y humor, los explosivos, los desalmados o fríos afectivamente, los abúlicos y los asténicos.

Su descripción detallada nos llevaría por derroteros impropios de esta conferencia y por ello hacemos aquí punto en las tipologías, para tratar de algunas formas peculiares de personalidad.

El crimen es un tipo de conducta antisocial en el cual el criminal no somete sus impulsos instintivos a las exigencias de la realidad social. *La personalidad criminal.*

Para el concepto de la ley, la conducta criminal supone una *responsabilidad* individual que lleva consigo una pena, a menos que esta responsabilidad esté anulada o disminuida por alguna enfermedad o estado transitorio de ofuscación. Esta justicia retributiva se valora con relación al *hecho* y no al *actor*. Las modernas tendencias penalistas influidas por la psiquiatría y la psicología han llamado la atención sobre el actor o delincuente, pidiendo que se le estudie y se orienten los problemas penales hacia un nuevo concepto: el de la *peligrosidad social* del criminal; éste sustituye al concepto ambiguo y antipsicológico de la *responsabilidad*. Esta modificación en la orientación penalista lleva consigo la de la justicia retributiva; por ella el concepto de *pena* desaparece y se sustituye por el de *defensa social* y de *reforma* de la personalidad peligrosa y si esta personalidad peligrosa es incorregible, por un determinismo fatal, se recurre a su *segregación definitiva* de la convivencia social, pero no como

pena, sino como *medida defensiva* de la sociedad, que tiene primacía frente al individuo.

La psiquiatría moderna ha demostrado con los estudios sobre los gemelos criminales, ya mencionados, que en muchos casos la conducta antisocial no es voluntaria, ni responsable, sino que un determinismo fatal, como disposición heredada consustancial, lleva al sujeto hacia el crimen por una ley biológica de predeterminación, tan inmutable como la ley física de la gravedad. El hecho de que dos gemelos univitelinos descendientes de psicópatas y criminales, a pesar de haber sido educados en medios distintos han caído después en el crimen hacia la misma edad y en forma parecida, deja fuera de duda esta realidad. Hay pues, en efecto, «criminales natos» de origen hereditario, aunque no en el sentido mismo que los señaló Lombroso, cuyos «signos físicos de degeneración» han pasado a la historia como baratijas de museo, dado que los observamos también en las personas normales, si bien no reunidos en tan gran número como en los delincuentes. Pero fué Lombroso quien primero indicó el camino de la nueva biología criminal. Sin embargo, por un lado, las discusiones entre las distintas escuelas médicas y psicológicas sobre los problemas del hombre criminal, y por otro, las exageraciones de los espíritus exaltados y arbitristas y la inseguridad que dejan unas y otras como vestigio y quizá también la pereza mental, frente a lo nuevo, son las causas de las resistencias que las legislaciones penales y sus ejecutores ofrecen a aceptar los resultados de las nuevas concepciones sobre el criminal. Esto engendra una desconfianza y desagrado mutuo entre los peritos forenses y los jueces y fiscales, que al hablar distintos lenguajes no pueden entenderse.

El concepto de «criminal» no le dice nada a la caracterología, puesto que no es un *tipo* de hombre ni sociológica ni psicológicamente considerado. Se trata solo de una abstracción jurista o estatal. Caracterológicamente el hombre criminal, como tipo es algo tan inconexo como pudiera serlo

el querer crear un tipo de los hombres a los que les ha tocado la lotería (Kronfeld).

La ciencia criminológica se ocupa de las cuestiones sociales y psicológicas de la conducta criminal. Sus direcciones de estudio más importantes desde el punto de vista de la caracterología son tres: *a*), la formación de tipos de conducta criminal o de situaciones criminógenas; *b*), la formación de tipos de personalidades criminales y tendencias criminógenas de la personalidad; *c*), la formación de tipos de condiciones sociales que favorecen la producción de conductas criminales o sea la estadística criminal.

La sociología criminal deriva de la estadística. Esta nos enseña por otro lado, que la mayoría de los delincuentes son *ocasionales* o de origen sociológico, pero que un cierto número son *habituales* o *reincidentes*, es decir, que en éstos hay un factor *personal* predisponente, es decir, un elemento *psicológico*. De aquí la psicología criminal y su generalización a la Biología criminal.

El punto de partida criminológico de la *caracterología* está solamente en la *relación o afinidad de los factores y peculiaridades personales con los tipos determinados de conducta criminal*. Con arreglo a este principio se han intentado varias clasificaciones en que se relacionan las conductas criminales, según su dirección, con determinadas afinidades personales del actor o delincuente. La del Aschaffenburg se basa en la relación entre la forma de preparar la ejecución de la acción o premeditación del actor y así divide a los actores en 1.º Criminales casuales; 2.º Criminales pasionales; 3.º Criminales ocasionales; 4.º Criminales con premeditación; 5.º Criminales reincidentes; 6.º Criminales habituales y 7.º Criminales profesionales. Se llega así a conseguir un cuadro de tipos criminales, pero en éstos sólo los reincidentes y habituales presentan un factor *constante* y, en cambio, faltan otros tipos de delincuentes que también lo presentan, como son los peligrosos criminales profesionales de toda clase de delitos (estafa, robo, asesinato) y los asociales o parasitarios habituales, como los legionarios extranjeros, las prostitutas, los

estafadores y los vagabundos. Todos estos tipos criminales son en realidad creaciones tipológicas social-psicológicas. Se puede imaginar nuevas interpolaciones de estos tipos criminales según la *edad* y el *sexo*, como los tipos criminales femeninos y los menores criminales; según el *tipo constitucional corporal*, como ha hecho Lenz; según los factores del *desarrollo* y la *suerte* (educación, medio familiar, etc.); y si se añade a ésta la consideración de las *vivencias de sí-mismo* o *configuración del sí-mismo*, entonces entramos en un verdadero enfoque caracterológico. Pero así resulta que la *caracterología del criminal no es más que la caracterología en general*, como lo ha sintetizado Kronfeld. Es meramente un diagnóstico psicopatológico o psiquiátrico de la personalidad enfocado caracterológicamente y sin tener en cuenta para nada la clase y tipo de su delictuosidad. Así lo ha hecho Birnbaum, encontrando que el supuesto tipo criminal se descomponía en numerosos subtipos: de labilidad afectiva, colérico-irritables, explosivos, pasionales, fanáticos, excéntricos de la afectividad, hipomaniacos, desconfiados, litigantes y paranoicos, fríos de sentimientos, sugestionables y desenfrenados, fantásticos, mitómanos, histéricos, perversos-sexuales y toxicómanos, inquietos e impulsivos. En resumen: las estructuras caracterológicas que se ven en la psiquiatría cuando se la utiliza para fundamentar la caracterología. *No hay pues especificidades criminológicas de la estructura del carácter*. Con este método de enfoque *psicopatológico* se deduce, con mucha más evidencia caracterológica que con la tipología sociológica, el *cómo* y el *por qué* estos tipos se hacen criminales y qué forma de criminalidad corresponde a su manera de ser psicopatológica.

Lo antedicho demuestra que la Criminología caracterológica no tiene razón de existir independientemente; pero sí que puede y debe intentarse un enfoque caracterológico en la Criminología para conseguir mayor profundidad y riqueza en sus resultados prácticos y científicos.

Estas consideraciones teóricas y de principio nos llevan a desestimar esa *tipología criminal endocrina* que se ha querido crear, basada en principios científicos confusos, y que en

SOBRE LA PERSONALIDAD

España ha tenido algunos adeptos médicos y penalistas. Al tratar de las bases endocrinas del carácter, ya expusimos suficientemente la ligereza científica que supone el querer crear una tipología caracterológica de la personalidad partiendo de las secreciones internas en vez de seguir la ruta inversa. Los tipos endocrinológicos de personalidad intentados por Bermann son insostenibles y contra esa *mitología endocrina* ha clamado toda la auténtica psicología del carácter y de la personalidad. La coincidencia de algunos trastornos endocrinos con algún rasgo de carácter, singularmente sexual, no es suficiente para sostener esta tipología. Lo mismo puede decirse de la tipología criminal endocrina. La clínica nos enseña que dos enfermos con un mismo trastorno endocrino presentan personalidades distintas y que no es posible reducir una estructura estratificada tan compleja como la personalidad a un solo factor causal, no siempre constitucional.

Por las mismas razones de principio, no podemos aceptar una tipología mesológica o sociológica exclusiva del criminal, es decir, que no haya más que criminales producto del medio, como con olvido de los conocimientos científicos modernos hemos visto defender desde el Ministerio de Justicia en decretos oficiales, como el del 22 de Enero de 1937, del Sr. García Oliver, en el que se amnistia a todos los penados y encausados por *delitos comunes* y militares cometidos con anterioridad al 15 de Julio de 1936, fundándose, según reza el preámbulo, en que gran número de estos ciudadanos «por efecto del medio social en que vivía España con anterioridad a la subversión se hallaban cumpliendo condena o procesados por sus actividades contrarias a la legalidad establecida». Las consecuencias peligrosas de esta amnistia desprovista de espíritu científico y de espaldas a la defensa social de la comunidad se han visto pronto en esas bandas de *incontrolados* con insignias espeluznantes que en el nuevo régimen social se dedicaron al robo y al asesinato en la retaguardia, sin acercarse a las trincheras para defender la República democrática, exacta-

mente igual a como hacían en el anterior régimen social, pero sin ninguna responsabilidad (1).

En el periódico sindicalista valenciano *Fragua Social*, del 5 de Junio 1937, se hace mención de un proceso seguido en Madrid contra «pandillas de bandidos», que se escudaban tras el carnet de partidos políticos, utilizando las armas «para asesinar a sus adversarios ideológicos» en la retaguardia y «para saciar instintos individuales». En este caso el Partido acusado era el Comunista; pero a su vez este partido hizo antes idénticas acusaciones a las organizaciones anárquico-sindicalistas levantinas. También en el libro de E. Yaroslowski sobre «El anarquismo en Rusia» (1937), se dice (p. 55) que mientras los bolcheviques luchaban contra los ejércitos blancos «los anarquistas y los *malhechores de derecho común*, que se mezclaron rápidamente con ellos, tomaban posesión de los hoteles particulares y rapiñaban las riquezas que en ellos se encontraban». Estos *grupos de bandidos*, como los califica el autor se cubrían con el nombre de anarquistas para hacer sus negocios criminales, convirtiendo en fortalezas hoteles de las grandes ciudades de donde salían a cometer robos a mano armada.

El Código penal de la Rusia soviética, perfecto en sus nuevas concepciones científicas de la peligrosidad social del delincuente común y quizás excesiva respecto del delincuente político, conoce los mismos tipos de delincuentes con variantes propias de la nueva organización social. Después de someterle a un período de reforma posible, Rusia aísla definitivamente de la sociedad al criminal habitual y profesional, es decir, al que presenta *un factor personal constante*, totalmente independiente del medio social, como derivado de su determinismo antisocial endógeno y que le hace peligroso para la comunidad. En cambio, al readaptado le liberta. Al terminar el Gobierno ruso, en Julio de 1937, el canal Moskowa-Volga, donde empleó miles de detenidos

(1) Hemos intercalado en el texto, después de pronunciar las conferencias, algunas notas de fecha posterior, que confirman lo señalado en ellas.

SOBRE LA PERSONALIDAD

como brigadas de choque, libertó a 55.000, como recompensa a su trabajo, ofreciéndoles nuevo trabajo sin limitación de tiempo.

En el mencionado Decreto-Ley español de amnistía, figura un comentario final en la propia publicación oficial del Ministerio en el que se dice que es «el más amplio de cuantos se han otorgado nunca». Añadiremos que también es socialmente el más anticientífico y peligroso.

La psiquiatría forense nos enseña actualmente que los criminales más peligrosos socialmente son aquellos que presentan una combinación de un carácter desarmonico, inadaptado o antisocial, con una inteligencia deficiente. A éstos siguen en la gradación los criminales exclusivamente del carácter o psicópatas. Y después los criminales deficientes intelectuales sin anomalías del carácter, los cuales pueden ser susceptibles de reforma con el trabajo como método de tratamiento. Para el inadaptado por factores mesológicos o ambientales basta una psicoterapia educativa siguiendo a un análisis personal de sus circunstancias ambientales para orientar la pronta regeneración o reeducación ayudada del tratamiento ocupacional.

Tampoco el *genio* es un tipo caracterológico unitario. *El hombre genial.* Lo que dijimos antes de la personalidad criminal podemos decir ahora del hombre genial, sin compararlos. Las especies caracterológicas del genio son múltiples. El genio no es más que la confluencia de unas cualidades estéticas o de abstracción, fuertemente desarrolladas y preparadas por una herencia favorable, con la energía del espíritu, y con un momento histórico y cultural adecuado, es decir, con la llamada *coyuntura sociológica*, que crea el ambiente de gloria.

Reconocemos, pues, la *genialidad* donde encontramos un máximo de espiritualidad emparejado con energía.

Kant, en su *Critica del juicio*, niega la existencia del genio científico y filosófico porque es una adquisición racional demostrable y transmisible a los demás y sólo admite

el genio en el arte, porque es donde la creación es intransmisible.

Sin embargo, entre los más grandes genios de la Humanidad figuran creadores de nuevos sistemas filosóficos y de concepciones artísticas llenas de nuevas orientaciones.

Un descubrimiento o invento casual lo puede hacer un hombre laborioso y modesto intelectualmente; pero cuando un solo investigador descubre sucesivamente numerosos hechos de la Naturaleza, o cuando un pensador fija las leyes inmutables de los fenómenos cósmicos que nos rodean, elaborando de continuo nuevas hipótesis de trabajo, tendremos que convenir que esta capacidad heurística e innovadora no es un producto del azar, ni siquiera de la evolución natural de la ciencia, sino más bien del trabajo metódico, combinado con la intuición genial. Los hombres geniales que inventan o hacen descubrimientos, son seres destacados por su inteligencia que tienen el presentimiento de las verdades nuevas o la intuición de las leyes de la naturaleza; el estudio metódico y las experiencias y observaciones se hacen para confirmar estas intuiciones o para desecharlas. Los inventos o hallazgos son, pues, el resultado feliz de numerosos ensayos de comprobación de las intuiciones geniales, según el método psicológico llamado de «los errores y los aciertos». Por eso no se han podido inventar reglas técnicas para hacer inventos. Cada genio modela su propia técnica para los inventos o hallazgos. «No hay recetas lógicas—dice Cajal—para hacer descubrimientos y menos todavía para convertir en afortunados experimentadores a personas desprovistas del arte discursivo natural.»

La intuición genial en la ciencia, según el matemático Poincaré, se produce por un vago impulso que luego se concreta y en el cual se apercibe una *ordenación estética* de los hechos. La inspiración o fantasía asociativa nueva, que relaciona hechos dispares, emerge automáticamente y de una manera súbita, como la inspiración artística, por mecanismos subconscientes. El químico Stradowitz ideó la

SOBRE LA PERSONALIDAD

teoría atómica estructural cuando iba en la parte alta de un ómnibus y vió bailando ante sí los átomos, como figuras entrelazadas en formas articuladas en cadena. De manera parecida halló el matemático Poincaré una clase de funciones fuchsianas que derivan de la serie hipergeométrica y otras que son distintas de éstas. En la inspiración musical también surgen las fantasías melódicas bruscamente, bien en un paseo, bien en el sueño, o bien en un carruaje, como le sucedía a Mozart; su tropel es tan grande, que el compositor va seleccionando luego las que le parecen más estéticas. Beethoven anunciaba a veces conciertos en Viena, cuya última parte sería improvisada en el momento de la ejecución. Después, en su casa, elegía de sus recuerdos del concierto las ideas musicales más estéticas y las trasladaba al papel pautado. En la creación artística las ideas geniales surgen igualmente del subconsciente, por lo general, como expresión simbólica de los conflictos íntimos y complejos reprimidos del artista. Schiller, cuya vida fué amargada por el odio paterno (complejo de Edipo), escribe varias obras dramáticas en las que el motivo o tema central es siempre la lucha del hijo con el padre, como en «Los Bandidos», «Don Carlos», «Fiasko», «Cábala y Amor» y «Wallenstein». Lo mismo sucede a Grillparzer, siempre indeciso en su amor por las dos hermanas Fröhlich, problema humano que expresa en diversas obras literarias, singularmente en su obra «Der Traum eim Leben» (El sueño es una vida). Ibsen así mismo llena su teatro de problemas matrimoniales en que la incomprensión mutua más profunda amarga la vida de los dos cónyuges, como lo fué la suya; recordemos sus obras «Nora», «Heda Gabler» y «Juan Gabriel Borkman».

Dentro de la extensa variedad caracterológica de los hombres geniales, tenemos los que son de tendencia luchadora y apasionada, que aspiran a cambiar rápidamente nuestros conocimientos y los que aspiran a una actividad conciliadora y armónica, hombres que desean vivir alejados de todo apasionamiento ideológico. De este último grupo deseamos decir algunas palabras.

Tres grandes hombres europeos de un genio múltiple sintético y filosófico han llenado el ambiente cultural de tres siglos: Erasmo en el siglo XVI, Voltaire en el siglo XVIII y Goethe en el XIX. Los tres poseyeron en vida un poder universal, sólo merced a su genio. Los príncipes les buscan y halagan, colmándoles de bienes, ninguna persona que desee notoriedad omite el rendirles homenaje personal o escrito. A alguno como Erasmo, las Universidades se disputan el honor de ofrecerle cátedras, y hasta tres Papas le escriben epístolas respetuosas. Lo mismo Erasmo que Goethe, tienen un carácter armonizador y una naturaleza comunicativa.

En medio del tumulto de las guerras napoleónicas, Goethe permanece imperturbable y prosigue creando su obra íntima. También Erasmo se aparta de la enorme contienda entre Lutero y el Papado en el momento en que Europa se divide en dos bandos inconciliables, la Reforma y la Contrarreforma, como ahora lo son el fascismo y el antifascismo, o el marxismo y el antimarxismo. Su sensibilidad le hacía rehuir toda turbia disputa y consideraba incompatible con una humanidad pensante y moral el resolver las internas oposiciones en la forma desaforada y grosera de la guerra. Idealista puro, confiaba en la capacidad de ennoblecimiento de la naturaleza humana por el cultivo perseverante de la lectura y la enseñanza. En su curioso libro el «Elogio de la Locura», caricaturiza al fanatismo de frente estrecha como una lamentable limitación del espíritu, como una de las innumerables formas de la *estulticia*, «que exige—como dice Stephan Zweig—una obediencia de cadáver para sus propias opiniones y a toda otra concepción la llama despectivamente heregia o bribonería». La independencia del pensamiento era para él cosa evidente y este espíritu libre consideró siempre como un secuestro de la divina pluralidad del mundo el que alguien se creyera poseedor de la verdad eterna y la lanzase al mundo desde el púlpito o la cátedra. Otro gran espíritu libre, Unamuno, escribía en 1900 un ensayo sobre la «Ideocracia», que empieza así: «De las tiranías todas, la más odiosa me es, la de las ideas.»

Pero los idealistas, como Erasmo, que conocen el curso preciso de la historia y la naturaleza humana, no pueden olvidar en ningún momento que su obra conciliadora y de inteligencia de la humanidad está siempre amenazada por el elemento eternamente irracional de la pasión y el fanatismo, y tienen que tener conciencia que casi no hay generación que no sufra una oleada de fanatismo, brotada de las primitivas profundidades de los impulsos humanos, la cual destruirá todo dique y llevará a un retroceso temporal. Pero después de éste, el deber moral es sobreponerse al desconcierto interno, apartarse de la presión monstruosa de las masas, de la locura colectiva, de la división universal, que suprime toda defensa a la voluntad individual, y sumido en la apartada esfera de la meditación, tener el valor y la decisión de conservar la ecuanimidad, de no someterse a ningún delirio partidista, ni a ninguna exageración, sino sólo a la norma eterna, la justicia. Por eso, Zweig en su biografía de Erasmo escribe estas frases tan actuales y tan eternas: «Frente a los políticos, frente a los conductores y seductores populares que impulsan hacia una pasión unilateral, el artista, el hombre de espíritu, en el sentido de Erasmo, tiene la misión de ser el mediador comprensivo, hombre de medida y de centro» y sigue: «No precisa estar apartado de los partidos, pues participar en el sentimiento de todo lo humano es vocación del artista, sino por encima de ellos, *au-dessus de la mêlée*, combatiendo las exageraciones de uno y otro lado y en todos, el odio sin sentido y siniestro.» Todavía añade otra idea complementaria que deseo recoger: «Es destino de todo fanatismo el agotarse a sí propio. La razón eterna y serenamente paciente, puede esperar y perseverar. A veces, cuando los otros alborotan en su ebriedad, tiene que enmudecer y guardar silencio. Pero su hora llega, vuelve a llegar siempre.»

Todo el mundo, desde el más inteligente hasta el menos dotado, se pregunta de una manera consciente o inconsciente ¿qué debo hacer para ser feliz? Algunos escriben

*Readaptación del
inadaptado.*

cartas a los modernos adivinos de los periódicos que dan consejos sobre el carácter, sobre el amor y el matrimonio, sobre la salud o sobre cualquier problema de la vida. Otros consultan a los fakires indios que se anuncian, o a las mujeres visionarias que pretenden leer el presente y el porvenir, o al confesor, o a los amigos respetables. Alguno que otro, consulta al médico de cabecera y muy raras veces al psicólogo o al psiquiatra.

Con mucha frecuencia salen decepcionados de estas consultas porque no se les da la fórmula mágica que resuelva los conflictos o porque se les dice que *ya es tarde*, para intentar corregir lo incorregible. La causa de la infelicidad está muchas veces en la mala dirección de la educación, en los ambientes perjudiciales de la niñez, en no haber corregido ni orientado a tiempo las inadaptaciones y las tendencias perjudiciales heredadas. El camino para la felicidad, es pues, tortuoso y difícil; hay que volver hacia atrás hasta la niñez a través de una selva intrincada de prejuicios, de malos hábitos, de aptitudes falsas y de costumbres perniciosas.

Esto es lo que intentan los diversos métodos psicoterápicos conocidos, para *corregir* los defectos de adaptación, a fin de hacer más felices a los individuos. Pero la verdadera labor correctora o encauzadora de la vida hacia el camino de la felicidad es *preventiva* y debe empezar en la infancia.

Así como hay una higiene corporal que hace al individuo fuerte y resistente para las enfermedades, hay también una *higiene mental* que procura la buena orientación del desarrollo espiritual y de la adaptación social y encauza de esta forma al individuo por el camino de la felicidad posible. Ahora bien, no hay reglas fijas para este encauzamiento del carácter. Mientras que un niño responde mejor a una represión amistosa, otro precisa un castigo espiritual o corporal, como la privación de un juego o de una golosina. Los métodos de domesticación combinados y unidos a la reflexión y al ejemplo son los que establecen al principio «reflejos condicionados» y hábitos útiles en los niños, que

SOBRE LA PERSONALIDAD

luego son fáciles de perfeccionar. Los problemas que tenemos que plantearnos ante un niño difícil son: *a*), si podemos predecir el desarrollo de aptitudes espirituales desfavorables; *b*), de qué manera podemos reconocer al principio las adaptaciones defectuosas; *c*), cómo podemos prevenir su progreso, y *d*), qué tratamientos serán útiles en los sujetos con mala adaptación y personalidad fracasada.

La higiene mental tiene por ideal conseguir una mente sana en un cuerpo sano, enseñando a los padres y maestros las maneras y medios de conseguir un desarrollo equilibrado de la personalidad, utiliza los conocimientos combinados de la medicina, la biología, la criminología, la sociología, la psicología y la psiquiatría, la psicoterapia y la ética para cumplir sus fines orientadores y correctores de la personalidad. Enseña al individuo a resolver o evitar los conflictos internos, peligrosos, modificando las propias tendencias, deseos e instintos, o modificando el ambiente que está en desarmonía con la vida emocional o intelectual del sujeto. Las *clínicas de conducta* que al principio se crearon para corregir a los niños delincuentes, se han ensanchado hoy hasta hacerse verdaderos dispensarios de higiene mental preventiva. Aquí recibe consejo y orientación todo el que acude con un problema de inadaptación y anormalidad del carácter de un niño y se le enseñan los principios útiles para la corrección de los defectos, empleando los tratamientos médicos que actúan sobre las causas corporales y los educativos que corrigen los defectos del espíritu.

Entre los principios útiles para guiar el entrenamiento del carácter infantil, podemos mencionar los siguientes apuntados por Berg.

1.º Debe utilizarse de cuando en cuando el *negar* deseos o caprichos al niño, como método educativo para crear el hábito de la inhibición o del dominio de sí mismo. A ser posible se substituirá la negativa por la orden de hacer alguna otra cosa, es decir, por una *dirección* u orden substitutiva. Este entrenamiento educativo no debe exagerarse, como sucedía a un padre inglés que con frecuencia

hacia vestir a sus hijas para ir al teatro o a un paseo y, en el último momento, decidía quedarse en casa para conseguir que dominasen su desagrado y conservasen el semblante sonriente.

2.º No se debe agradar o satisfacer los deseos del niño porque grite o se encolerice; pues si aprende a dominar así a los padres, serán inútiles todos los intentos de disciplina.

3.º Los mimos y solicitud extrema estropean el carácter de los niños.

4.º Los castigos y regaños continuos destruyen en el niño su iniciativa y originan sentimientos de inferioridad o actitudes de protesta y odio.

5.º La fantasía infantil debe ser alentada, pero no debe dejarse que el niño sobrepase los límites que separan la fantasía de la realidad. Los pretextos o engaños sólo se permitirán cuando formen parte del juego infantil, como para «hacer creer». Se procurará crear en el niño el culto a la verdad, alentando sus confidencias íntimas y creando un ambiente de camaradería.

6.º Debe procurarse que el niño y el adolescente se hagan *extravertidos*, es decir, que no se reconcentren en sí mismos. Para ello se les crearán intereses sociales con sus camaradas de estudios y de juegos, para desarrollar en ellos una conciencia social de ayuda y comprensión mutua, y de altruismo y conducta limpia en las competencias profesionales.

7.º No se debe pretender educar tradicionalmente, como a uno le educaron, sino siguiendo los nuevos principios y sistemas más adecuados. Los consejos empíricos de los abuelos y personas sin preparación contienen con frecuencia muchos errores.

8.º En cuanto se observen manifestaciones de enfermedad mental o física, como cambios del carácter y de la conducta, huida de la realidad, actitudes absurdas, convendrá hacer examinar al niño por un especialista en los problemas de guía de conducta.

SOBRE LA PERSONALIDAD

La *religión* es un estado del espíritu con relación al Universo, una actitud mental que tomamos ante la totalidad de la existencia. Llamamos *religiosidad* en sentir de Spranger «a ese estado sentimental obscuro o iluminado por el pensamiento», en el que la vivencia o experiencia individual es puesta en relación positiva o negativa con el valor total de la vida del individuo. Las relaciones objetivas en que se fundan estas profundas valoraciones se denominan *objetos de la religión* y las construcciones objetivo-espirituales, o dogmas y formas del culto, en que se expresan estas relaciones de valores es lo que llamamos *Religión*. La relación de las normas con el sentido total de la vida personal constituye la *religiosidad ética*, la moral religiosa.

La personalidad ante el problema del más allá. El sentimiento trágico de la vida.

La psicología de la religión nos enseña que *nadie* ni *nada es religiosamente indiferente*, sino más o menos próximo o alejado a lo religioso, según la importancia que se le concede para la totalidad de la vida espiritual del individuo. El núcleo de la religiosidad, lo debemos ver en un anhelo hacia el valor más elevado de la existencia. El estado de este anhelo es de inquietud e intranquilidad. Aquel que ha hallado en sí lo más elevado y descansa en ello, siente la liberación y la bienaventuranza. El que por el contrario está inseguro y vacila, está como desgarrado interiormente, sin patria y lleno de desesperación. Así lo expresa Spranger.

El sentido del mundo no nos es dado y demostrado, sino que llega a nosotros en un peculiar estado vivencial que en el lenguaje religioso se llama *revelación* o *iluminación*, el cual se alcanza por un cuidadoso cultivo del alma. Para Spranger, *cada tipo caracterológico de hombre concibe, según su personalidad, el sentido total del mundo, su sentido religioso*. El hombre *teórico* busca en la religión agotar el último secreto del conocimiento, como vemos en Spinoza. El hombre *económico* halla su veneración divina y su paz interior en su actividad adquisitiva. El *artista*, busca las revelaciones más grandes y más ricas en la belleza del mundo, de las almas y del arte. El hombre *social* encuentra a Dios en el amor. Y, por fin, el *político* lo halla en el des-

pliegue del poder. Es común a todos ellos el buscar la redención en el mundo y el que, gracias a su especial estructura espiritual, intentan llegar a la liberación por una dirección específica de los valores o virtudes.

Willam Brown, en su libro «Mind and Personality» (Inteligencia y personalidad), acepta tres posibles actitudes respecto al universo: a), la *cognoscitiva*, basada en el deseo de conocer el mundo como un sistema general de fuerzas físicas y espirituales; b), la *estética*, basada en el deseo de apreciar la belleza de la existencia y de la naturaleza y de añadir quizá algo a esta belleza como propia creación; y c), la *ética*, basada en el deseo de llegar a la más perfecta conducta individual como un deber ante Dios.

En realidad, hay otros modos personales de vivir el sentimiento religioso, como el del *místico*, con su afán de llegar a una unión íntima suprasensible y personal con el ser supremo, o como el tipo de conciencia religiosa de *completa dependencia* y sumisión a una divinidad majestuosa, misteriosa y fascinante, representado por Schleiermacher. También la *conversión* es un fenómeno de experiencia religiosa distinto de aquellas actitudes, en el que se pasa de una actitud *naturalista* respecto a la vida, hacia otra actitud definitivamente *espiritualista*. El individuo encuentra que el mundo se ha llenado por él de cosas extrañas y maravillosas que no comprende y se entrega a la adoración para conseguir la paz interior. Este fenómeno puede producirse bruscamente, como una iluminación o revelación, a veces patológica, o se verifica lentamente por un proceso evolutivo especial.

La *paz interior* conseguida por la creencia o por la conversión se explica psicológicamente como una transición desde el estado de división del sí-mismo, en el que una parte del ser lucha con la otra, a otro estado de unificación y armonía, en cuyo tránsito se libera una gran cantidad de energía que permite ya cierta facilidad a los procesos mentales, libres desde entonces de aquella fricción interna, lo cual trae consigo el sentimiento de felicidad. El psicólogo

SOBRE LA PERSONALIDAD

americano William James, en su curioso libro «Varieties of religions experience» (Formas de la experiencia religiosa), considera a esta interpretación como excesivamente fisiopsicológica y sugiere que lo que debe suceder es que se pone en relación el espíritu consciente individual con la Deidad por intermedio del espíritu subconsciente, en lo cual se justificaría el rezo o plegaria. Dicha teoría subliminal, que se aproxima a la de los místicos, no puede ser puesta a discusión dada nuestra impotencia para demostrarla.

Esta aplicación de la teoría del inconsciente a la experiencia religiosa iniciada por William James, lleva a distintas actitudes críticas, como la de Freud en su estudio sobre: «El porvenir de las religiones». Se concibe en ella el cristianismo como una actitud infantil frente a la vida, actitud que surge como resultado del fracaso individual para comprender el misterio de la existencia, es decir, como una *regresión* a las formas de adaptación a la vida propias de la infancia, período en que los padres son los dioses del niño. Esta concepción psicoanalítica de la religión parece a algunos insostenible, pues si fuese cierta, dicen, sucedería que tras el psicoanálisis de este mecanismo subconsciente y su revelación al individuo, éste debería quedar libertado del sentimiento religioso, y lo que sucede, según Brown, que se sometió a tal experiencia, es todo lo contrario: «mis convicciones religiosas—dice—quedaron más recias que antes»; el psicoanálisis habla purificado sus sentimientos religiosos eliminando de éstos lo que era meramente infantil y sentimental.

Lo mismo le ha sucedido con los enfermos que él ha analizado, lo que le ha convencido que la religión pura es la cosa más importante en la vida y esencial para la salud mental, si bien no considera fundamental la necesidad de ritos, formas, ni ceremonias.

Esta religiosidad pura y superior, es la que aceptan muchos hombres de ciencia después de los combates interiores sobre los dogmas, las iglesias distintas y los conocimientos científicos, y, sobre todo, después del estudio

profundo de la Historia comparada de las religiones, aspecto del conocimiento que todavía no se estudia en la Universidad española, aun después de la Revolución.

Pero volvamos al problema de la caracterología en relación con la religión o con el problema del más allá. Cuando el hombre culto no ha conseguido su liberación o su pacificación por una creencia religiosa iluminadora que unifique su personalidad, se debate angustiosamente por aclarar intelectualmente el enigma de la inmortalidad. En el fondo de esta *irreligión*, de esta terrible lucha, late una más alta *religiosidad*, como lo vemos entre nosotros en el caso de Unamuno. En su gran obra: «El sentimiento trágico de la vida» hay un capítulo que se titula: «El hambre de inmortalidad», admirable para el estudio de su personalidad y de su carácter íntimamente contradictorio y ambivalente. Allí podemos ver a Unamuno abierto de par en par con sus entrañas espirituales y corporales a nuestra vista, con su alma ambivalente en la mano. Como a Pascal le irrita, asombra y espanta cuando oye a alguien decir que no le preocupa el problema de la inmortalidad y recuerda a este propósito que hasta Robespierre hizo declarar a la Convención «el principio consolador de la inmortalidad del alma». Niega que lo viril sea resignarse a la muerte final y definitiva, y lo califica de «doctrina de endebles, que aspiran a ser fuertes»; casi todos los que la sostienen, dice, van aspirando a sobrevivirse en sus obras, en sus hijos o en su nombre. La *angustia* ante el enigma, la expresa Unamuno en frases dramáticas y emocionantes como ésta: «Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne», o esta otra magnífica: «No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre; siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.»

Por eso ha dicho Ortega y Gasset (en su ensayo «Vitalidad, alma y espíritu») que Unamuno, con hondo sentido católico demanda la salvación no sólo de su alma, sino tam-

SOBRE LA PERSONALIDAD

bién de su cuerpo. «Se trata de eso—escribe—de salvar todo; también la materia, no de ser tráfugas.»

Así, aquella noble vida superior, angustiada, con el enigma insoluble, como la de Kirkegaard, grita al mundo su sentimiento trágico de la vida, su sed de eternidad, diciendo: «¡Ser, ser siempre; ser sin término! Sed de ser, sed de ser más. ¡Hambre de Dios!, sed de amor eternizante y eterno. ¡Ser siempre, ser Dios!» Es decir, aquí expresa Unamuno el ideal superior de la personalidad religiosa, la unión con Dios, la unificación. Y para contradecir a los dogmáticos, que en el *problema práctico* de la conducta le critican sus contradicciones íntimas, como una irreligión desprovista de normas, responde con profundo sentimiento religioso, propio de una religiosidad pura, superior e individual: «Quiero establecer que la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro final destino, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, puedan ser base de moral», afirmando que el que sigue un dogma se hace fanático, y «si un día se le afloja ese dogma», se le relaja la moral, mientras que para él su conducta ha de ser la «prueba moral de mi anhelo supremo». Vemos aquí a la personalidad ambivalente de Unamuno ante el problema religioso, como ante los políticos y estéticos, luchar con sus perpetuas contradicciones internas, con su división del sí mismo, sin llegar nunca a conseguir la armonía o unificación que produce la paz interior. Como hombre *teórico* en el sentido de Spranger le vemos en lo religioso debatirse por agotar el último secreto del conocimiento, sin conformarse con las recetas o dogmas acuñados.

Estas breves consideraciones fragmentarias nos han mostrado con evidencia suficiente, las relaciones específicas de cada tipo de personalidad con el problema religioso, como no podía menos de ser frente a un enigma que ocupa lo mismo al hombre primitivo, ante los incomprensibles cataclismos de la naturaleza, como al filósofo más elevado, ante la esfinge de nuestro destino en la vida y de nuestro lugar en el Cosmos.